

San Juan Eudes



EL PREDICADOR APOSTÓLICO

* * *

Cualidades y disposiciones exteriores e interiores
del predicador evangélico

* * *

Temas diversos de predicación

Defectos

Aciertos

Tradujo Álvaro Torres Fajardo, eudista

Valmaría-Bogotá 2011

PRESENTACIÓN

San Juan Eudes fue reconocido en su tiempo como PREDICADOR de calidad. “Poseía una voz fuerte y hermosa, mucho patetismo, gran facilidad para hablar, imaginación viva y fecunda, rica en comparaciones familiares”¹, dice un biógrafo de su época. A lo largo de su vida fue reuniendo apuntes con los que finalmente dejó un escrito que llamó *LE PRÉDICATEUR APOSTOLIQUE, contenant les qualités et les dispositions extérieures et intérieures du Prédicateur Évangélique*². Si bien utiliza fuentes de su época como san Francisco de Sales es indudable que mucho de lo allí consignado es su experiencia de predicador.

Es un documento útil para la historia del ministerio de la predicación. Es posible reconstruir, sirviéndose de él, las circunstancias, en ocasiones solemnes, que rodeaban a los predicadores. Tenemos acceso a la biblioteca básica de aquellos oradores al servicio de la evangelización. Conocemos el método usado en la composición de las piezas oratorias, largamente conservado hasta avanzado el siglo XX, como la división en exordio, *e/ Ave María* que se intercalaba luego; el anuncio del tema que se iba a predicar, cuidadosamente dividido en tres partes y la conclusión. Nos ofrece en detalle los grandes temas de la predicación como también los recursos propios de la elocuencia como son la voz y sus modulaciones, la pronunciación, lo que actualmente se llama el lenguaje corporal, compuesto de gestos, ademanes, movimiento de las manos, del cuerpo, la mirada y demás.

Tiene además indudable actualidad. Hace una teología de la predicación, sobre todo cuando la define de forma lapidaria diciendo: PREDICAR ES HACER HABLAR A DIOS. Inculca con mucha severidad la responsabilidad de quien

¹ Batterel Luis, *El Padre Juan Eudes*, p. 1

² OC 4, 1-105

ejerce el ministerio de la predicación. Es exigente sobre las cualidades morales del predicador, su rectitud de intención, su desinterés económico, su alejamiento de toda vanidad, su responsabilidad frente a la verdad pero también su trato respetuoso para el auditorio y para los oyentes.

Sus consejos siguen teniendo valor para los anunciadores del evangelio en el mundo de hoy. Incluso sus indicaciones sobre la manera de hablar, la pronunciación, el manejo adecuado de la voz, la duración de la predicación y otros tienen valor en el mundo de hoy. Los actores de teatro, los locutores de los medios de comunicación podrían encontrar útiles muchas de sus observaciones.

La Iglesia ha dado a la predicación un merecido y exigente valor profético. Ya no hablamos de sermones ni predicaciones solemnes sino de la sencilla comunicación llamada *homilía*. Pero ella sigue teniendo como fuente primordial la que san Juan Eudes pide: la Palabra de Dios en las Sagradas Escrituras. Mucho del aparato solemne que acompañaba a los oradores famosos de años pasados ha caducado. Pero la calidad del lenguaje con que se comunica y se explica la Palabra de Dios; la forma digna de hacerlo y las exigencias de rectitud y fidelidad a la Palabra que se anuncia no pueden pasar. San Juan Eudes sigue siendo un modelo y un maestro para este sagrado ministerio.

San Juan Eudes añadió algunos apuntes sobre el catecismo, útiles no solo por el contenido de la catequesis sino sobre todo por

la metodología de la enseñanza en su siglo. En varios capítulos, en lugar del uso genérico de la tercera persona, se ha escogido la segunda persona como si el Padre Eudes se dirigiera directamente al predicador.

Álvaro Torres Fajardo, eudista

P R E F A C I O

A los predicadores y catequistas misioneros de la Congregación de Jesús y María

Entre las divinas cualidades que el Espíritu Santo da a nuestro Salvador en los Libros Sagrados, sobresale la señalada con estas palabras que pone en sus labios: *Dios me ha establecido en su montaña santa de Sion, como rey y predicador, para anunciar sus divinos mandatos* (Sal 2, 6). Es la tarea principal de su misión: *Para esto he sido enviado* (Lc 4, 43). *Mi Padre me envió para evangelizar a los pobres* (Lc 4, 18).

Sin embargo no quiere estar solo en la predicación de su Evangelio. Quiere que lo acompañen otros predicadores. Como nos ha hecho partícipes de su admirable Sacerdocio y de sus muy nobles prerrogativas, de su condición de mediador entre Dios y los hombres, de su calidad de salvador para cooperar con él en la salvación de todos y de juez para ejercer su juicio en el tribunal de la Penitencia, quiere asociarnos también en su oficio de predicador. Nos dice: *“Como el Padre me envió así los envío yo”*. Mi Padre me envió para anunciar a los hombres su divina palabra y para darles a conocer sus voluntades. Los envío para que anuncien el mismo Evangelio y las mismas verdades que yo prediqué.: *“Como el Padre me envió así los envío yo”* (Jn 20, 21).

El soberano Pastor dirige estas palabras, primera y principalmente, a todos los pastores de su Iglesia. *Praecipuum onus*, *praecipuum munus*, dice el Espíritu Santo en el sagrado concilio de Trento³. Las dirige igualmente a todos los eclesiásticos que él ha escogido y llamado para anunciar su divina palabra, numerosos hoy en todo el mundo.

¿Y entonces, cómo es posible que veamos actualmente tantos predicadores y tan pocos cristianos auténticos? ¿Tantos predicadores y tan pocas conversiones? Hay dos causas:

Una viene de los oyentes que no tienen las disposiciones requeridas para escuchar como es debido la santa palabra de Dios y para llevarla provechosamente a la práctica.

La otra viene de los predicadores que asumen este divino ministerio sin verdadera vocación de Dios. En este oficio solo los mueve la ambición o el interés, o algún otro motivo humano y terrenal. En lugar de predicar a Jesucristo, se predicán a sí mismos. En vez de predicar la auténtica palabra de Dios y las verdades evangélicas, predicán palabras meramente humanas, pensamientos e imaginaciones de su mente, como dice san Pablo, adulterando y corrompiendo la palabra de Dios, pues predicán cosas curiosas y altisonantes, más propias para alimentar vanas curiosidades que para nutrir a los fieles con el pan sólido de la doctrina celestial. Predican historietas, con mucho cuidado y artificio elaboran discursos pulidos y elegantes, más hechos para agradas los oídos corporales que para

³ (Principal encargo, principal oficio) Sesión 5, c. 2

conmover los corazones. Se esmeran más por agradar a sus oyentes que por convertirlos. Se contentan, como los fariseos, con predicar las verdades cristianas sin darse la pena de practicarlas: *Dicen pero no hacen* (Mt 23, 3). Sirven a los fieles, en la mesa de Dios, buenas viandas, es decir buenas verdades, pero que no han sido cocidas con el fuego sagrado de la caridad, pues predicán solo con los labios y no con el corazón. Se acen a aquel que habiendo invitado a sus amigos a comer les sirve alimentos exquisitos pero del todo crudos.

Esta es la causa del poco fruto que obtienen tales predicadores. Cuídense bien, mis muy queridos hermanos, de ser de ese número, si no desean ser del número de los réprobos. Todos los predicadores, incluidos los muy santos, deben temblar al escuchar la voz del predicador de los gentiles que afirma vigorosamente que después de haber predicado a los otros no sea que sea condenado⁴. Es posible decir a aquellos que así predicán: tiemblen, tiemblen, lloren, láméntense, griten, vociferen a la vista de las desgracias y males grandes que están para llegarles (Sant 5, 1). No hay lugar para un quizás en su reprobación. Es claro que si no hacen penitencia y si no dejan de adulterar la palabra de Dios acompañarán a los desgraciados predicadores de que habla el gran predicador y apóstol de las Indias, san Francisco Javier, diciendo que serán por siempre pasto de las llamas devorantes del infierno. Puede decirse de ustedes lo que el Hijo de Dios dijo a uno de sus apóstoles y de los primeros predicadores de su Evangelio: *¡Ay de ti! Hubiera sido mejor que nunca hubieras nacido* (Mt 26, 24). Así se habla de quienes se entrometen en el oficio de

⁴ 1 Cor 9, 27:: No sea que después de predicar a los otros, quede yo descalificado.

predicador y tratan indignamente este ministerio tan digno e importante. Predicar de esta manera es profanar y corromper la divina palabra. Es hacerla vana, inútil e infecunda. Es volver nada el fruto de la cruz y de la pasión del Salvador, según palabras del apóstol (1 Cor 1, 17), y por tanto, hacerse culpable de horrendo sacrilegio. Es privar a los hijos de Dios del verdadero pan de vida y del alimento celestial que su Padre les ha dado, y por tanto ser homicida de sus almas.

¿Quieren, mis muy queridos hermanos, evitar todos estos crímenes y precaverse de los suplicios espantosos que les son preparados en el infierno? Acojan este librito que les entrego de parte del soberano predicador, Nuestro Señor Jesucristo. Léanlo con atención y repetidamente. Impriman en su mente y en su corazón su contenido. Observen cuidadosamente las reglas que les da para predicar apostólicamente. En parte las he tomado de varios santos y excelentes predicadores que escribieron al respecto. Son además mi experiencia de más de cincuenta y cinco años durante los cuales Dios me ha concedido la gracia de anunciar su divina palabra en gran cantidad de misiones dirigidas no solo a pobres gentes del campo sino también en las principales ciudades de Francia. Y (si me está permitido, a mí miserable pecador, me aplico las palabras del apóstol): *No con palabras sabias y persuasivas de sabiduría humana* (1 Cor 2, 4, 13) sino con la sencillez del Evangelio. Y sin embargo, ustedes son testigos de las grandes bendiciones que ha tenido a bien la infinita Bondad conceder y los frutos extraordinarios que ha obtenido para la salvación de muy grande número de almas. Se tributen honor y gloria únicamente a su divina Majestad.

Si ustedes siguen estas mismas indicaciones, Dios les concederá las mismas bendiciones y quizás aún mayores. Si las menosprecian y las desatienden para seguir las que la ambición, la prudencia de la carne, la sabiduría humana, el deseo de agradar al mundo les sugieran, les declaro, mis hermanos (y me dirijo principalmente a los predicadores y catequistas misioneros de la Congregación de Jesús y María), les declaro, repito, en el nombre y de la parte de mi Dios, que su muy amado Hijo y su divina Madre no los reconocerán como hijos de su Congregación, sino que los rechazarán como bastardos y les asignarán su parte con los hipócritas y los falsos profetas en las tinieblas exteriores donde habrá llamo y rechinar de dientes. *El que tenga oídos que escuche* (Mt 11, 15).

Ruego a mi benignísimo Salvador, por el amabilísimo Corazón de su divina Madre, que no permita que alguno de ustedes incurra en esta desgracia. Que en cambio conceda a todos, en especial a los que son llamados al ministerio de la predicación y de la catequesis, un corazón humilde, dócil y sumiso, a fin de que, desprendidos completamente de sus inclinaciones, de su propio sentir, sigan las instrucciones y consignas señaladas en este libro. Inicialmente lo escribí sólo para ustedes, pero luego decidí publicarlo, con la esperanza puesta en la bondad incomparable de quien es la única fuente de todo bien. Que él le dé su bendición y así pueda ser de utilidad para muchos otros.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo deben ser los predicadores

Siendo la predicación de la palabra de Dios una de las más divinas e importantes funciones de la Iglesia, se debe poner sumo cuidado al escoger los que van a emplearse en este divino ministerio, para que el Evangelio sea anunciado, en lo posible, sólo por quienes tengan las cualidades aptas para tan grande y santo oficio. La primera es que sea presbítero o diácono.

Las otras cualidades están bien descritas en las siguientes palabras que tomo en parte de la Sagrada Escritura y en parte de san Bernardo. Son instrucción valiosa y dan preciosas consignas a los predicadores. Ojalá la frecuente y atenta consideración de estas palabras sea la ocupación de quienes ejercen este santo oficio. Podrán darse cuenta de cómo están distantes del estado que muestran y piden. Quiera Dios que lleven a humillarse y a trabajar con cuidado por adquirir la perfección necesaria de tan santo empleo mediante la práctica de lo que expresan.

Sean enviados a predicar:

-los que actúan en representación de Cristo nunca rehúsen si son enviados, ni se presenten si no son llamados (San Bernardo)

-los que se excusan por timidez, no rechacen tercamente esta misión (San Bernardo)

-los que buscan solo la gloria de Dios y no la de este mundo (Jn 7, 18)

-los que han aprendido de Cristo a ser humildes y bondadosos, y demuestran a todos máxima bondad (Mt 11, 29; Tito 3, 2)

-los que son prudentes como serpientes y sencillos como palomas (Mt 10, 16)

-los que no son movidos por avaricia (Heb 13, 5); los que no van tras el oro ni tienen su esperanza en el dinero y los tesoros (Sir 31, 8); los que, como hombres de Dios, buscan la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la bondad ((1 Tm 6, 11)

-los que se dedican a la oración y al ministerio de la palabra (Hch 6, 4), y en todo confían más en Dios que en su habilidad y trabajo (San Bernardo)

-los que de tal manera están colmados de espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor del Señor que quienes los escuchan participan de su plenitud (Is 11, 2-3; Jn 1, 16)

-los que procuran hacer el bien no solo ante Dios sino ante los hombres (Ro12, 17), cuidando su buen nombre y sin envidiar el ajeno (San Bernardo)

-los que son en verdad luz del mundo y sal de la tierra, y procuran ser ejemplo para los fieles en la palabra, la conducta, en la caridad, en la fe, en la castidad (Mt 5, 13-14; i Tm 4, 12)

-los que son ejemplo de buenas obras y son como vasos consagrados para usos nobles, útiles al Señor y dispuestos para toda obra buena (Tit 2, 7; 2 Tm 2, 21)

-los que hacen y enseñan, y son antorchas ardientes y brillantes; y hacen brillar su luz ante los hombres de modo que al ver sus buenas obras glorifiquen al Padre celestial (Mt 5, 19; Jn 5, 35; Mt 5, 16)

-los que son buen olor de Cristo en todo lugar (2 Cor 2, 15)

-aquellos cuyo ingreso es pacífico, su conducta santa, su salida irreprochable (San Bernardo)

-aquellos cuya palabra es edificante, su vida es justa, su presencia grata, cuyo recuerdo es bendito (San Bernardo)

-los que son amables no de palabra sino de obra; dignos de respeto no por su altanería sino por su servicio (San Bernardo)

-los que se hacen humildes con los humildes, inocentes con los inocentes, severos al refutar; que llaman la atención a los soberbios, que increpan a los malhechores (San Bernardo)

-los que procuran solícitamente mostrarse irreprochables ante Dios, como obreros que no tienen de qué avergonzarse, los que son fieles intérpretes de la palabra de la verdad (2 Tm 2, 15).

-Los que evitan hablar de cosas profanas e inútiles, y novedades mundanas en el lenguaje (2 Tm 2, 16)

-los que no adulteran la palabra de Dios sino que hablan en Cristo, sinceramente, como enviados de Dios y en su presencia (2 Cor 2, 17).

-los que predicán el Evangelio de Dios, no para agradar a los hombres sino a Dios que conoce los corazones; ni usan palabras de adulación, ni son movidos por la avaricia, ni buscan ser alabados por los hombres (1 Ts 2, 4-6)

-los que no desprecian a la gente sencilla sino que la instruyen; que no se congradan con los ricos sino que los incitan al temor; que no desatienden a los pobres sino que los aman (San Bernardo)

-los que denuncian al pueblo de Dios sus pecados y a la casa de Jacob sus crímenes, para que hagan penitencia y se conviertan al Señor (Is 58, 1)

-los que predicán movidos por el poder de Dios, y no con elevada elocuencia, ni con palabras sabias y persuasivas de sabiduría humana, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo (1 Cor 2, 1.4-5; 1, 17)

-los que proclaman la palabra a tiempo y a destiempo; que convencen, reprochan, exhortan con toda paciencia y doctrina (2 Tm 4, 2)

-los que se hacen débiles con los débiles, siervos de todos, y todo para todos, de modo que todos sean atraídos a Dios (1 Cor 9, 19.22)

-finalmente los que se conducen según el Evangelio de Cristo que anuncian (Fp 1, 27).

CAPÍTULO II

Excelencia e importancia del oficio de la predicación considerado en sí mismo, en su origen y finalidad

Los predicadores deben considerar a menudo la muy grande importancia y sublimidad de su oficio. No deben hacerlo por vanagloria ni para pedir alabanzas. Más bien, deben humillarse profundamente a la vista de su indignidad y de su incapacidad para ministerio tan digno y tan elevado. Nada deben omitir, en cuanto dependa de ellos, para cumplirlo debidamente.

Deben tener ante sus ojos, en especial cuando se preparan para predicar, que este oficio, considerado en sí mismo, en su origen y su finalidad, es excelente y de grandes consecuencias.

En sí mismo es un oficio de mucho mayor provecho que el de los predicadores de la antigua Ley, o sea, el de los profetas, pues hay diferencias entre los predicadores antiguos y los nuevos. Los antiguos predicaban la ley de Moisés y suministraban a sus oyentes la letra y no el espíritu. Los nuevos predicán el Evangelio de Jesucristo, administran y comunican el espíritu a sus oyentes si no ponen impedimento. Como dice san Pablo: *Nos hizo idóneos ministros en la letra y el espíritu;* pero, según el texto griego: *no de la letra sino del espíritu,* (2 Cor 3, 6.8). Leemos también en dos lugares de los Hechos de los Apóstoles, que al predicar san Pedro, el Espíritu Santo descendió sobre los que escuchaban la divina palabra: *Hablando*

Pedro, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la palabra (Hch 10, 44). Habiendo empezado a hablarles, dice este gran apóstol, el Espíritu Santo descendió sobre ellos: *Al comenzar a hablar, vino sobre ellos el Espíritu Santo* (Hch 11, 15).

Es digno de admiración que este ministerio nos sea común con los más grandes santos de la nueva Ley, es decir, con los santos apóstoles, y con nuestro Señor Jesucristo.

Predicar es obra grande y agradable a su divina Majestad; él asegura a sus predicadores que amará, asistirá y recompensará a quienes los reciban como si lo recibieran a sí mismo, y como si recibieran a su Padre eterno: *Quien reciba a ustedes, me recibe; y el que me recibe, recibe al que me envió* (Mt 10, 40). Y que, en cambio, en el día del juicio, castigará a quienes no los hayan recibido ni escuchado, con mayor rigor que a los habitantes de Sodoma y Gomorra: *Será más tolerable para los habitantes de Sodoma y Gomorra en el día del juicio* (Mt 10, 15).

Es asombroso que la predicación de la divina palabra haya destruido la idolatría y la tiranía de Satanás; que por ella la santa Iglesia haya sido establecida en toda la tierra, a pesar del furor y resistencia del infierno.

Es muy maravilloso que predicar sea distribuir a los hijos de Dios el pan de vida y de vida eterna, para mantener, fortalecer y perfeccionar en ellos la vida divina que recibieron del Padre celestial en su nuevo nacimiento por el bautismo: *Tú tienes palabra de vida eterna* (Jn 6, 69).

Los predicadores evangélicos son los ángeles encarnados del Señor, los mensajeros del cielo, los querubines y serafines de la Iglesia, los heraldos de la santísima Trinidad. Por eso inician su predicación diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.*

Los predicadores apostólicos son trompetas del Padre eterno, embajadores del Hijo de Dios: *Actuamos en nombre de Cristo* (2 Cor 5, 20), son instrumentos del Espíritu Santo, coadjutores (2 Cor 3, 9) y cooperadores de Dios en la más grande de las obras que es la salvación de las almas.

Son precursores de Nuestro Señor Jesucristo, que ejercen el mismo oficio de san Juan Bautista, el de preparar los caminos del Señor ((Jn 3, 27s).

No solo son precursores sino en cierto modo padres y madres del mismo Jesucristo pues le dan nacimiento y vida en los corazones de sus oyentes.

Son salvadores del mundo: *Subirán salvadores al monte de Sion* (Abdías 21), escogidos por el Hijo de Dios para continuar en la tierra la obra de la redención y salvación de los hombres que él comenzó.

Los labios del predicador son los labios de Jesús (Jer 15, 19), que vino del cielo a la tierra para hablar a los hombres, para instruirlos y anunciarles lo que escuchó de su Padre. El quiere continuar hasta el fin del mundo, mediante sus miembros, la obra que hizo por sí mismo: *En mí habla Cristo* (2 Cor 13, 3).

La boca del predicador es el instrumento y la boca del Espíritu Santo que quiere servirse de ella para anunciar a los hombres las mismas verdades que les anunció por medio de la boca adorable de Jesucristo.

Predicar es hacer hablar a Dios, quien, habiendo hablado a los hombres por medio de los profetas en el Antiguo Testamento y por medio de su Hijo en la Ley nueva, quiere seguir hablándonos ahora por los miembros de su Hijo, para revelarnos sus voluntades y para invitarnos a seguirlo.

La predicación apostólica nace en el seno de Dios, pues de allí salió el Verbo, la Palabra eterna y el primero de los predicadores, Jesucristo Nuestro Señor. En esa fuente bebió todas las verdades que trajo a la tierra y que quiere se prediquen.

El objetivo y la finalidad de esta función celestial es dar nacimiento y formar a Jesucristo en los corazones de los hombres, y hacer que Él viva y reine en ellos, disipar las tinieblas del infierno e irradiar en las mentes las luces del cielo; combatir y aplastar el monstruo del pecado en las almas; abrir en ellas la puerta a la gracia divina; derrotar la tiranía de Satanás en el mundo y establecer en él el reino de Dios; reconciliar a los hombres con Dios y convertirlos en hijos de Dios, incluso transformarlos en Dios, deificarlos y hacerlos dioses según estas palabras del Hijo de Dios: *llama dioses a quienes dirige la palabra de Dios* (Jn 10, 35). En una palabra, es practicar en la tierra lo que el soberano Predicador vino a hacer. El repite a todos los predicadores: *como el Padre me envió, así los envió yo* (Jn 20, 21).

Como este oficio es tan grande, importante, santo y divino debe ejercerse con gran dedicación, con intenciones muy santas y con disposiciones del todo divinas.

Como los predicadores están asociados en este ministerio a los santos profetas, a los apóstoles de Jesucristo y a los más grandes santos del cielo y de la tierra, deben seguir sus huellas, practicar sus virtudes e imitar su santa vida.

Ellos son heraldos de Dios, embajadores de Jesús y dispensadores de sus misterios. Son oráculos del Espíritu Santo; y por tanto deben revestirse de las cualidades de Dios, adornarse con las virtudes de su Hijo, estar poseídos y animados por el amor, la caridad, el celo y la fuerza de su divino Espíritu.

Como los labios y la lengua del predicador están consagrados al santo Evangelio, y son, en cierto modo, la lengua del Espíritu Santo, no solamente no puede salir de ellos alguna palabra indigna sino que debe emplearse para hablar el lenguaje de Dios: *Si alguien habla que hable las palabras de Dios* ((1 P 4, 11).

Puesto que la predicación toma su origen en el seno de Dios y el predicador está llamado a hacerlo hablar; y dado que su única finalidad es establecer su reino en los corazones de los hombres y elevarlos hasta el trono de Dios para que con él reinen eternamente, debe cuidarse bien de no pronunciar palabras impropias de su divina Majestad, que él no pronunciaría si estuviera en su lugar. En cuanto posible hable como Dios.

Debe estudiar y practicar cuidadosamente lo que dice san Pablo: *Hablamos en Cristo, como de parte de Dios, en presencia de Dios*, (2 Cor 2, 17).

Como de parte de Dios: es decir, que los predicadores no deben comunicar pensamientos e invenciones de su mente sino beber en Dios, mediante la lectura de las Sagradas Escrituras y por la oración, lo que anuncian a los hombres.

En presencia de Dios, o sea, que tengan como mira, pretensión y objeto, a los ojos de Dios, la gloria de Dios y la salvación de las almas. Esos son los fines por lo que quiso establecer en su Iglesia el oficio de la predicación.

Hablamos en Cristo, es decir, que deben renunciar a sí mismos para entregarse a Jesucristo a fin de hablar en él, de predicar en su espíritu, de anunciar las verdades con las intenciones y disposiciones, tanto interiores como exteriores, con las que él predicó en la tierra, y con las que quiere seguir hablando por sus labios.

Añadamos a todo lo dicho, que pone de manifiesto la excelencia de esa santa tarea, que predicar la palabra de Dios con las disposiciones requeridas es obra más agradable a su divina Majestad que la más alta contemplación, pues nada es más de su agrado que cooperar con él en la salvación de los hombres, lo que se hace más eficazmente por la predicación de la divina palabra que por la contemplación. *No quieras,* dice san Bernardo, *insistir demasiado en el beso de la contemplación porque mejores son los senos de la predicación.*

CAPÍTULO III

Doce medios para alcanzar

la finalidad del oficio de predicador

Medios de que deben servirse los predicadores para ejercer digna y eficazmente tan digna y exigente tarea, y para conseguir el fin por el que el Hijo de Dios la estableció en la Iglesia.

1. Las disposiciones interiores que deben preceder, acompañar y seguir a la predicación.
2. El ejemplo y la edificación que los predicadores están obligados a dar.
3. Los libros que pueden utilizar.
4. Los temas y materias que deben tratar.
5. Las diversas maneras que deben emplear según los contenidos.
6. El método que deben seguir para componer y ordenar su predicación.
7. El lenguaje y la manera de hablar que deben emplear.
8. Lo que se debe observar en la voz y la pronunciación.
9. Lo que concierne al lenguaje corporal durante el sermón.
10. Los medios que deben emplearse para conmover e impresionar los corazones.

11. Lo que debe evitarse en el ministerio de la predicación.

12. Las instrucciones que los predicadores deben dar a sus oyentes sobre las disposiciones requeridas para hacer buen uso de la palabra de Dios; la oración que deben hacer por ellos.

Para hacer uso adecuado de estos medios es necesario que observen lo que en los siguientes capítulos se expondrá sobre cada uno de ellos.

CAPÍTULO IV

Disposiciones interiores que preceden, acompañan y siguen a la predicación

Para que prediques con el espíritu apostólico, es decir, con las disposiciones interiores con las que los apóstoles y el Maestro mismo de los apóstoles predicaron:

Vive en la firme resolución de preferir mil veces la muerte antes que cometer, con voluntad deliberada, ningún pecado de cualquier naturaleza que sea. Conserva por tanto tu alma limpia y pura, alejada de este mal. Antes de hacer una acción tan santa como es la de anunciar la divina palabra debes limpiarla y purificarla enteramente con la contrición, o mediante el sacramento de la Penitencia, si es necesario, no sea que las siguientes palabras recaigan sobre ti: *Dijo Dios al pecador, ¿Por qué recitas mis mandamientos y tienes en la boca mi alianza, tú que detestas la corrección y te echas a la espalda mis mandatos?* (Salmo 50, 16-17).

Destierra de tu corazón toda intención y búsqueda de interés personal, de propia satisfacción, y sobre todo, de toda vanagloria. No tengas intención distinta de agradar a Dios y de procurar el aumento de su gloria y la salvación de las almas. Quien se propone fin distinto al predicar es un sacrílego y un ministro de Lucifer, que se perdió por haber querido atraer sobre sí todas las ventajas de su naturaleza; ese tal no sería ministro de Jesucristo que refirió todas sus acciones a su

Padre⁵. *Cuántos grandes predicadores*, decía san Francisco Javier, *arden en las llamas eternas por haberse dejado embriagar de vanidad y estima de sí mismos*⁶.

Aleja de ti toda pereza, decaimiento y negligencia. Abraza de todo corazón el trabajo necesario para ganar el pan con el sudor de la frente, es decir, para estudiar cuidadosamente y para aportar la diligencia y preparación requeridas para hacer debidamente todas las predicaciones. No presumas jamás de subir al púlpito en ninguna parte sin haberte preparado, cualquiera sea la ciencia que poseas o la facilidad que una larga experiencia te haya dado. Si presentarse a la oración sin preparación es tentar a Dios, lo es tanto más hacerlo al predicar.

No te apoyes en tu suficiencia, tu trabajo ni tu habilidad sino en la bondad y gracia de Nuestro Señor. Antes de entregarte al estudio para disponerte a predicar, cae de rodillas ante el Santísimo Sacramento o en cualquier otro lugar, y adora el amor incomprensible con el que el Padre eterno envió a su Hijo al mundo para instruirnos. Adora la bondad infinita con la que vino al mundo para cumplir este fin y la caridad inmensa con la que el Espíritu Santo habló por su boca y por la boca de los santos apóstoles para enseñar a los habitantes de la tierra las verdades del cielo.

⁵ “Cuídense de la vanidad los que van a misión, los que hablan en público...Busquen sólo la gloria de Dios por la que únicamente debemos trabajar: por la gloria de Dios y la salvación de las almas. No hacerlo así es predicarse a s*í* mismo y no a Jesucristo. Y quien predica para hacerse aplaudir, alabar, estimar hacer que se hable de él, ¿qué hace ese predicador? Un sacrilegio, sí, un sacrilegio. Dios mío concede la gracia a esta pobre y pequeña compañía que ninguno de ella caiga en esta desgracia. Créanme, Padres, jamás seremos aptos para la obra de Dios si no tenemos humildad profunda y menosprecio de nosotros mismos”. San Vicente de Paúl citado por Maynard.

⁶ Epis. Lib 4, ep 16.

Da gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por estos favores. Pide perdón por el mal uso que hayas hecho de ellos y por las faltas cometidas en las predicaciones que has pronunciado. Humíllate ante su divina Majestad reconociendo que sólo tienes indignidad, incapacidad, tinieblas e ignorancia.

Renuncia a tu propio espíritu, a tu amor propio, a la vanidad y a todo lo que es de ti mismo. Entrégate al amor del Padre, a la sabiduría del Hijo y a la caridad del Espíritu Santo y pídeles que te inspiren lo que quieren que anuncies y la manera de decirlo, de modo que haya el fruto esperado.

Adora a Nuestro Señor Jesucristo como la Verdad eterna y la fuente de toda verdad; como al soberano Predicador; adóralo en todas las santas disposiciones con las que predicó.

Agradécele todas las verdades que nos trajo a la tierra; todas las predicaciones que pronunció; y por el inmenso favor que nos hace al asociarnos con él en este santo ministerio.

Pídele perdón por el mal uso que has hecho, y otros han hecho, de las enseñanzas que nos ha dado.

Humíllate ante él a la vista de lo que eres. Renuncia a ti mismo y entrégate a él para entrar en el espíritu, en las disposiciones con las que habló; pídele que puedas entrar en lo que desea que sea predicado, expresándole que si, por imposible, pudieras decir por ti mismo las más hermosas y sólidas verdades del mundo, estarías

dispuesto a renunciar a ello, a fin de no pronunciar sino lo que sea de él, y de no decir sino lo que provenga de él.

Saluda a la santísima Virgen, como a la Madre de la Luz y de la Verdad eternas, y como a aquella por la que Dios nos ha dado al soberano Predicador.

Agradécele, date a ella y ruégale te obtenga de su Hijo que te haga conocer lo que más le agrada que sea predicado, y que él te conceda las gracias requeridas para administrar con fruto su divina palabra.

Saluda a tu Ángel de la guarda, a los ángeles y protectores de la diócesis y del lugar donde vas a predicar, e invoca sus oraciones y su asistencia.

Mientras estudias, de tanto en tanto eleva tu mente y tu corazón a Dios.

Antes de ocupar el lugar de la predicación haz de nuevo lo que acabo de decirte. En especial, luego de considerar atentamente la grandeza e importancia de esta acción, adora a nuestro Señor Jesucristo en las santas disposiciones con las que él predicó a su paso por la tierra. Renuncia fuertemente a ti mismo. Entrégate a él de todo tu corazón, suplicándole que te anonade y se establezca en ti para que sea él mismo quien predique por tu boca pues sólo a él pertenece anunciar la palabra de su Padre. Acepta por su amor las humillaciones y mortificaciones que pudieran venir⁷. Entrega tu

⁷ Hay que subir al pílpero como a un calvario para no sacar sino confusión. Vicente de Paúl.

memoria al Padre, tu entendimiento al Hijo, y tu voluntad al Espíritu Santo.

Presenta a la divina bondad los corazones de quienes te van a escuchar y ruégale que los disponga a oír debidamente la santa palabra. Ofrécelos también a la santa Virgen, a los ángeles y a los santos patronos del lugar donde predicas.

Puesto de rodillas, humíllate nuevamente y abísmate en lo más profundo de tu nada. Y desde allí invoca a aquel a quien solo pertenece predicar, mediante éstas u otras palabras: *Ven, Señor Jesús, ven, ven*. “Ven a mí para aniquilarme en este lugar, de modo que no seas sino tú quien predique la divina palabra. Ven a los corazones de cuantos están aquí para disponerlos a hacer el buen uso que tú deseas de ellos”.

Puesto en pie, eleva los ojos al cielo a imitación de nuestro Señor para dar a entender que no quieres mirar sino solo a Dios y su mayor gloria, en la acción que vas a hacer, y para rogar a todos los habitantes del cielo que prediquen contigo mediante sus oraciones ante la divina Majestad.

Al hacer el signo de la cruz y al pronunciar estas palabras: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* hazlo con la debida atención. En ese momento entrégate de lo más hondo de tu corazón al Padre eterno, para entrar en el amor inmenso con el que nos habló en su Hijo (He 1, 2); al Hijo de Dios para entrar en la caridad infinita con que nos anunció la Palabra de su Padre; y a su Espíritu Santo para unirte al celo, a la piedad, y a todas las santas disposiciones con las que

habló por la boca de tantos santos predicadores. Entregar igualmente a los oyentes al amor del Padre, a la caridad del Hijo, a la bondad del Espíritu Santo. Di el *Ave María* en voz alta, pausadamente y con gran devoción.

Al predicar trata de conservar el espíritu de recogimiento y de piedad, considerando y gustando las verdades que anuncias. Si hablas contra los pecadores piensa que te estás reprendiendo a ti mismo, pues cada uno debe considerarse como el mayor pecador del mundo.

Si durante la predicación se produce algún ruido, aguántalo con paciencia, sin perturbarte y sin manifestar impaciencia. Si es necesario decir algo para que cese el ruido, habla con modestia, sin emoción, observando autoridad y humildad al tiempo.

Luego de la predicación agradece a la santa Trinidad, a Nuestro Señor Jesucristo, a la santa Virgen, a los ángeles y los santos, diciendo al menos un *Gloria al Padre*, o el *Gloria a ti, Señor*, un *Ave María*, o *Ángeles y santos de Dios, sean benditos por siempre, y dígnense interceder por nuestra salvación y la de todos los hombres*.

Pide perdón a Dios por las faltas cometidas. Cierra cuidadosamente la puerta de tu corazón a la complacencia y vanidad. Si juzgas que te ha ido mal, acéptalo de corazón con humildad y sufrimiento.

No permitas que en tu presencia seas alabado. Si alguien lo hace, retírate al interior de tu nada y envía a Dios todo honor y gloria

(1 Tm 1, 17). Ten presente que a menudo el que te alaba de boca, te desprecia en su corazón. Si algunos te aprueban, otros te censuran. Y que si todos coinciden en la alabanza, los elogios humanos deben ser temidos y rechazados como veneno que es capaz de hacer morir a Nuestro Señor en el alma: *Ay de ustedes cuando son bendecidos por los hombres; así lo hicieron con los falsos profetas* (Lc 6, 26).

Escucha y recibe gustosa, humilde, serena y sumisamente, las advertencias que te hacen por las faltas cometidas.

Date de todo tu corazón a Nuestro Señor para practicar lo que has enseñado a los demás, especialmente las que nos atañen, considerando que si no las practicamos podrán decirnos: *Enseñas a los demás, pero no te enseñas a ti mismo* (Ro 2, 21). Todas las verdades que hayas predicado serán otras tantas sentencias y condenas que pronuncias contra ti mismo, y serán rayos que caerán sobre tu cabeza a la hora de la muerte.

Ojalá todos los predicadores piensan así. Tendrían un arma poderosa para defenderse de la vanidad que deben temer a toda costa, y será medio excelente para permanecer en humildad: *Hablar bien y vivir mal*, dice san Próspero, *¿qué es sino condenarse con las propias palabras?*

CAPÍTULO V

Ejemplo y edificación de los predicadores

Puesto que la predicación evangélica es continuación de la predicación del Hijo de Dios y ya que el predicador cristiano ocupa su lugar y representa su persona en este oficio debe imitarlo en lo que de él se dijo: *Empezó por hacer y enseñar* (Hch 1, 1) y que era *poderoso en la acción y la predicación* (Lc 24, 19).

Por tanto, los predicadores deben ser ejemplos de piedad y de toda clase de virtudes, en particular, de humildad, de obediencia y de caridad: *Enseña con el ejemplo. Es el fundamento de toda enseñanza y por cierto efficacísimo*, dice san Jerónimo⁸. Y san Gregorio de Nacianzo decía: *La predicación de san Basilio era como un trueno porque su vida era una centella*⁹. Por ello:

-Huye más que de la peste, de la ambición y la vanidad, así sea poco.

-No desees ni busques los pulpitos famosos. Prefiere predicar en lugares modestos más que en los destacados, en los campos más bien que en las ciudades, a los pobres más bien que a los ricos, para seguir el ejemplo de nuestro Maestro que dijo: *Me envió a evangelizar a los pobres* (Lc 4, 18), y aduce esta palabra como prueba de su misión: *Los pobres son evangelizados* (Mt 11, 5).

⁸ Orat. 20

⁹ De Laudibus Basillii

-Guárdate bien de preferirte a nadie, ni en lo interior ni en lo exterior. Deja pasar primero a los otros predicadores y habla de ellos con estima y afecto, excusándolos y defendiéndolos cuando son censurados, y presérvate de toda envidia y rivalidad.

No dejes de predicar so pretexto de pocos auditores, y si predicas cuida de no hacerlo fría y descuidadamente. Recuerda que la salvación de una sola alma, que fue creada a imagen y semejanza de Dios y costó la sangre preciosa del Hijo de Dios, es de tanta importancia que si todos los doctores, todos los predicadores y todos los ángeles se emplearan en exhortarla a la salvación y a instruirla en todo lo que debería hacer para ese fin, nunca sería demasiado. Nuestro Señor Jesucristo se dio la pena de catequizar y predicar a una pobre mujer del todo sola, a la Samaritana, a la que dirigió una de las más hermosas predicaciones que hizo en la tierra, para decirnos que, incluso si hubiera habido solo una persona para instruir y salvar, hubiera venido por ella sola tan gustosamente como lo hizo por todo el mundo.

Si tu enseñanza no es bien acogida no te quejes, no sea que pueda pensarse que predicas más para satisfacer tu vanidad que para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Cuídate bien de decir en tus predicaciones algo que sea ostentación de tu memoria, de tu ciencia, de tu elocuencia, ni para que te consideren y estimen en cualquier forma que sea. En cuanto posible no hables de tu persona ni de lo que te concierne si no es por verdadera necesidad y modestamente. Compórtate de manera que

puedas decir con san Pablo: *No nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo* (2 Cor 4, 5).

Si se da la ocasión, no te avergüences de tu ignorancia o imprudencia. Si has dicho algo inconveniente no dejes de retractarte.

En cuanto posible que tu vida sea conforme con tu predicación; predica más con tu ejemplo que con tus discursos. A Imitación de Juan Bautista sé *antorcha ardiente y brillante* (Jn 5, 35). Ardiente ante Dios y brillante ante los hombres. Ardiente en la oración, brillante en la acción. Ardiente en lo interior, brillante en lo exterior. Ardiente por las palabras, brillante por las obras.

Muéstrate observante de la moderación, la frugalidad y la abstinencia. Si predicas en un lugar donde haya costumbre de preparar colaciones, golosinas y cosas parecidas, más hechas para agradar el paladar que para satisfacer la necesidad, debes no solo abstenerte, contentándote con tomar solo lo estrictamente necesario, sino que debes, suave y prudentemente, ir haciendo desaparecer esta mala costumbre, tan contraria al espíritu del Evangelio y al ejemplo de mortificación y abstinencia que deben dar quienes predicán a los demás.

No tomes tu alimento fuera del lugar donde habitas si no es raramente y donde personas a las que sea difícil rechazar, con la condición, sin embargo, que no te preparen festines; Te has de comportar en la mesa y en la conversación de modo que tu modestia y sobriedad sean verdadera predicación.

Evita la demasiada familiaridad con los seculares, especialmente con las mujeres. No des ocasión al mundo de pensar o decir mal de ti, ni siquiera de sospechar algo indebido: *Que tu ministerio no sea vituperado* (2 Cor 6, 3).

Demuestra, por tu comportamiento, que aborreces la pasión del interés, el deseo de bienes temporales y el crimen detestable de la avaricia. Condúctete de tal manera que no des motivo alguno a nadie de acusarte de ese vicio. Para ello no pidas jamás nada. Limitate a recibir lo que te sea dado por caridad; lo que de buen corazón te ofrezcan.

No hables nunca contra los defectos del clero ni de los religiosos. Muéstrales gran respeto, especialmente a los párrocos. No emprendas nada en su jurisdicción contra su parecer. Invita a todos a honrarlos.

Sé bondadoso y accesible a toda persona. Está dispuesto a hacer siempre el bien a cada uno a imitación de la caridad de Jesús de quien se escribió: *Pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el demonio* (Hch 10, 38). Prefiere visitar gustosamente a los pobres más bien que a los ricos, cuando sea necesario, sea en las prisiones o en los hospitales, así como a todos los afligidos a quienes atenderás con especial afecto para consolarlos y para ayudarlos a hacer buen uso de sus aflicciones.

Esmérate por reunir a las familias divididas pero sin tomar partido por unos contra otros. Condúctete con tal discreción que quede claro que no buscas interés distinto de la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Busca que tu trato con las personas del mundo sea modesto, suave, lleno de edificación y de fruto. No dejes pasar la ocasión de hablar de Dios y de lo referente a la salvación, sino aprovéchala de inmediato. Y procura incluso suscitarla si no se presenta.

Está atento a llevar el buen olor de Jesucristo en todo lugar, en especial en los lugares santos. Allí debes mostrar a los cristianos, por tu ejemplo, con qué piedad, silencio y respeto hay que comportarse en la casa de Dios, y con qué devoción y reverencia, tanto interior como exterior, hay que hablar a la divina Majestad.

Finalmente, como predicador apostólico, estás obligado a ser todo voz, a imitación del gran santo Juan el Bautista que fue *Voz del que clama* (Mt 3, 3). Esto quiere decir que debes vivir, actuar y conducirte así. Y tu exterior debe ser tan intachable, que estando sentado o en pie, nada se vea en tu persona, en tu conducta, en tu manera de andar, en tus ojos, tus manos, tus pies, tus ademanes, tus vestidos y en todo lo que haya en ti, no solo en el púlpito y en la iglesia, sino en todo lugar donde te encuentres, que no hable y no predique piedad, humildad, modestia, sencillez, honestidad y toda clase de virtudes.

CAPÍTULO VI

Libros útiles para la predicación

El primero y principal libro que debes estudiar continuamente es la *Sagrada Escritura*, en especial *El Nuevo testamento*, y los libros de la Sabiduría, Job, los profetas, los libros históricos.

Debes leer todos los días al menos un capítulo, las rodillas en tierra, con gran respeto, descubierta la cabeza, a imitación de san Carlos, si la salud te lo permite. Aprende algo de memoria.

Los lugares comunes sobre la Sagrada Escritura, del Jesuita Balinghem, es excelente, como también lo que escribió al principio de su libro sobre los predicadores¹⁰.

Cornelio a Lapide¹¹ y Barradas¹², ambos jesuitas. El primero escribió excelentemente sobre toda la Escritura. El segundo sobre los Evangelios.

Además de la Sagrada Escritura estos son otros libros que te pueden ser útiles:

Los Santos Concilios, en especial el de Trento y el *Catecismo* de ese mismo Concilio.

Los Santos Padres, en particular san Agustín, san Juan Crisóstomo, san Gregorio Magno y san Bernardo.

¹⁰ Antonio Balinghem (1572-1630).

¹¹ Cornelio Cornelissen van den Steen (1566-1637), belga. Fue profesor en Lovaina y Roma. Murió en Roma en olor de santidad. Buen conocedor de las lenguas bíblicas.

¹² Sebastián Barradas (1542-1615). Profesor en Evora y Coimbra. Publicó su *Comentarios sobre la concordancia y la historia de los Evangelios*. San Francisco de Sales también lo recomienda.

La *Suma* de santo Tomás de Aquino, cuyos índices indican lo que se necesita.

Los libros de Granada, que san Carlos tenía siempre entre manos, y no recurría a otra teología, están llenos de verdades evangélicas excelentes, útiles, vehementes y deducidas con tanta claridad y vigor que quienes deseen trabajar eficazmente en la salvación de las almas por medio de la predicación, deben tenerlos como su segundo breviario, leerlos y estudiarlos con mucho afecto en especial su *Guía de pecadores*¹³.

Los libros del Reverendo Padre Suffren, de la Compañía de Jesús. En su tiempo fue el predicador que más conmovía entre los que administraban la Palabra de Dios. Escribió muy útilmente para los predicadores en su *Año cristiano*, volumen 2 del primer tomo, parte 3a, capítulo 10, artículo 3^o¹⁴.

El libro *Conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo*, del R.P. Saint-Jure, de la Compañía de Jesús¹⁵.

Peraldus, *Vicios y Virtudes*¹⁶.

Panarium et Viridarium Busaei, que tratan de lo mismo¹⁷

¹³ Luis de Granada (1504-1588). Dominico. Obras principales: -guía de pecadores, Memorial de la vida cristiana, el Catecismo, Tratado de la oración, Sermones. Traducidos al francés y publicados hacia 1658.

¹⁴ Juan Suffren (1571-1641).. Excelente predicador y director de almas, confesor de Luis XIII y María de Medicis. Por petición de san Francisco de Sales compuso el *Año cristiano*.

¹⁵ Juan Bautista de Saint-Jure (1583-1657). Predicador y confesor infatigable, escribió muchas obras ascéticas.

¹⁶ Guillermo Peraldus, dominico que murió hacia 1260. El libro que menciona san Juan Eudes, escrito en latín tiene por título: *Summa virtutum ac vitiorum in gratiam concionatorum, confessorum ac vitae religiosae cultorum*.

¹⁷ Juan Busée, jesuita (1547-1611). Colección moral y espiritual. Panarium significa: Caja del pan; Viridarium significa huerto.

El gran catecismo de Canisio¹⁸.

El Santo Trabajo de las manos del P. Tomás le Blanc, jesuita¹⁹.

Las vidas de los santos.

Es necesario que leas algún libro francés para aprender a hablar debidamente. Pero no libros de lenguaje muy pulido y rebuscado, de estilo demasiado cuidado y aliñado, de discurso pomposo e inflado, sino los que están escritos en lenguaje claro, fuerte, natural, sin maquillaje.

Quiera Dios que no haya predicadores en su Iglesia, que bajo pretexto de hablar bien, leen novelas u otros libros semejantes. Las manos consagradas de un sacerdote solo los toquen para echarlos a la candela. Dichos libros, profanos y perniciosos, hacen parte de la biblioteca del Anticristo. Están plagados de máximas totalmente opuestas al Evangelio de Jesucristo. Son tan detestables que el gran Gerson dijo, refiriéndose al autor de una novela, que si supiera que hubiera muerto con la culpa del crimen de haber escrito este libro, no rogaría por él como no lo haría por Judas.

¹⁸ Pedro Canisio (1521-1597). Teólogo Jesuita. Su obra conocida es *Summa doctrinae christianae*.

¹⁹ Tomás Le Blanc, murió en 1669. El libro citado por san Juan Eudes apareció en 1661.

CAPÍTULO VII

Qué predicar

Recuerda que lo que debes predicar es la palabra de Dios y no palabras meramente humanas. El sacerdote sería muy criminal si en lugar de administrar el Pan de Dios a los hijos en la santa Eucaristía, les diera pan común y ordinario; de igual manera son muy culpables los predicadores que en lugar de anunciar a los cristianos la palabra de Dios les dan solo palabras de hombres.

Debes por tanto cuidarte bien de predicar pensamientos e invenciones de tu mente o de un hombre cualquiera. El contenido y el tema de todas tus predicaciones debe ser la Sagrada Escritura. No te está permitido sino predicar las verdades que el Espíritu Santo nos ha dado a conocer en los Libros Sagrados o las que nos ha comunicado por el oráculo de la Iglesia, o por boca de los santos Padres, cuyos escritos solo contienen la Sagrada Escritura explicada, especialmente en los puntos en que todos están de acuerdo.

Precávete también de la tentación muy peligrosa y corriente entre los predicadores jóvenes, procedente de la vanidad, que les hace creer que no deben predicar lo que los demás acostumbran decir. Los lleva a rebuscar temas de predicación extraños, expresiones novedosas, pensamientos fuera de lo común, y a exponerlos de forma

novedosa. Sin embargo, andan muy engañados. Los temas más comunes son los mejores, los más útiles y los que más conmueven. Son más convincentes para la conciencia de los oyentes pues son más conocidos y ciertos. Dios bendice de forma particular la palabra de los que predicán con sencillez y humildad cristianas.

Destierra pues de tu predicación las cuestiones sutiles, elevadas y difíciles, más hechas para satisfacer la curiosidad humana que para edificar las almas y conmover los corazones. Anuncia solamente a los fieles las muy sencillas y sólidas verdades de la doctrina evangélica y rechaza todo lo superfluo, inútil y de poco fruto. Di solamente lo que puede ayudar a conocer y a honrar a Dios y a llevar a los hombres a trabajar conscientemente en su salvación. Estos temas son los que pueden derivarse de las siguientes materias que contienen los principales puntos sobre los que puedes predicar.

-Los Evangelios o las Epístolas que se leen en la santa Misa, o cualquier otro punto de la Sagrada Escritura.

-Las perfecciones, misterios, obras y beneficios de Dios.

-Los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

-La vida, los misterios, las excelencias y las virtudes de la santísima Madre de Jesús.

-El divino Sacrificio, los Sacramentos, las ceremonias y todo lo que concierne a la Iglesia.

-La vida y las virtudes de los Santos.

-Contra el pecado en general y contra los vicios en particular.

-Contra ciertos desórdenes y costumbres depravados que son fuente y principio de cantidad de crímenes, como por ejemplo los libros malos, las pinturas y las imágenes de esculturas deshonestas, los bailes, danzas, comedias, juego, lujo y gastos excesivos en festines, vestidos, pajes, muebles y otras vanidades.

-Las virtudes cristianas, como la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la paciencia en los trabajos y aflicciones, etc.

-Las buenas obras como la oración, el ayuno, la limosna tanto corporal como espiritual y la lectura de buenos libros.

-Los deberes y obligaciones de todos los estados y condiciones, como los de los magistrados y otros funcionarios de la judicatura, los nobles, los mayordomos de parroquia, los capitanes, soldados, comerciantes, obreros, ricos, pobres, los casados, padres y madres, profesores y profesoras, criados y criadas.

-Los cuatro fines últimos.

-El purgatorio.

-Otras varias materias semejantes.

En todos estos temas y en los demás en que se puede anunciar la palabra de Dios, debes proponerte en todo lo que digas:

-Hacer que los hombres conozcan a Dios; enseñarles sus perfecciones, sus misterios, sus obras, sus beneficios, sus voluntades y lo que Él desea de ellos.

-Hacer que los hombres le rindan adoración, honor, alabanza, amor, acción de gracias; desagravio por sus pecados; sumisión y obediencia a su adorabilísima voluntad; temor de su justicia, de su juicio, de sus amenazas, de sus castigos; esperanza en sus promesas, confianza en su bondad, en su gracia, en sus auxilios; estima y deseo de sus favores; oblación, donación y consagración de lo que tienen, de todo lo que pueden, y de todo lo que son a su divina Majestad.

-Hacer que los cristianos y todos los hombres conozcan, adoren y amen a Nuestro Señor Jesucristo; invitarlos a tributarle todo lo que le deben y a seguirlo como lo miembros deben seguir a su cabeza.

-Gravar en sus corazones particular y sólida devoción a la santísima Virgen.

-Persuadirlos de que no solamente los sacerdotes y los religiosos deben ser santos sino que todos los que han sido bautizados están

obligados a vivir santamente y a caminar por la senda que han seguido todos los santos.

-Hacer que tengan altísima estima y grandísima veneración por todo lo que es de la Iglesia.

-Imprimir en sus almas profundísimo respeto no solo por los lugares santos, es decir, por las iglesias, capillas y cementerios, sino también por todos los días consagrados a Dios, como son los domingos y las fiestas.

-Hacerles entender lo que significa haber sido bautizado y ser cristiano, y las obligaciones del santo bautismo.

-Instruirlos cuidadosamente sobre el sacramento de la Confirmación y exhortarlos a no descuidarlo.

-Enseñarles la dignidad y santidad de los demás sacramentos; en qué consisten; qué origen tienen y cuál es la finalidad por los que han sido instituidos; cuáles son sus efectos; con qué disposiciones hay que recibirlos; qué uso y qué frutos hay que sacar de ellos, en particular, los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía.

-Dar las enseñanzas necesarias sobre el Matrimonio; éste es uno de los puntos más importantes que debes tratar como predicador; enseñar a los cristianos la santidad de este sacramento; que ha sido

instituido para dar hijos a Dios, que le sirvan en la tierra y que lo bendigan por siempre en el cielo.

-Aconsejar a los que tienen su padre y su madre vivos, que no deben contraer matrimonio sino con su consejo y consentimiento.

-Recomendar a los que quieren entrar en esta condición que encomienden cuidadosamente esta decisión a nuestro Señor, a su santa Madre y a san José, recordando que una mujer virtuosa y prudente es un regalo de Dios.

-Inculcarles la seriedad del compromiso que van a adquirir, y que escojan aquella persona con la que puedan más fácilmente servir a Dios y trabajar por su salvación, prefiriendo la virtud y las buenas costumbres a todo bien temporal y a todas las demás ventajas.

-Indicar cómo prepararse para recibir ese sacramento y para alcanzar las gracias y bendiciones del cielo tan necesarias a las personas casadas; aconsejar la oración, el ayuno y la continencia, a imitación del joven Tobías, y hacer una buena confesión y comunión.

-Pedir que se excluya de las nupcias todo lo que pueda ser desagradable a Dios y pueda poner impedimento a sus gracias, como las danzas, las palabras disolutas, los excesos en el beber y el comer, y otros desórdenes semejantes.

-Aconsejar a los padres y las madres que no dejen que sus hijos estén mucho tiempo en noviazgo, y advertir que durante ese tiempo, quienes están en ese estado, están obligados a vivir en perfecta continencia, si

no quieren que venga sobre ellos la maldición de Dios sobre su matrimonio.

-Recordar que quienes están unidos en matrimonio no deben imaginarse que por estar casados les esté permitido entregarse a toda clase de libertades y de obscenidades; que deben evitar los pecados que puedan cometerse en ese campo y comportarse honesta y santamente, practicando la castidad conyugal que san Francisco de Sales describe muy bien en su *Filotea*²⁰

-Subrayar sobretodo que su obligación principal consiste en la buena educación de sus hijos; que los ofrezcan y entreguen a Dios desde el comienzo de su ser; que los hagan bautizar tan pronto como vengan al mundo; que cuando lleguen al uso de razón les enseñen lo que un cristiano debe saber y hacer, para vivir en el temor y en el amor de su divina Majestad; que cuando estén en condición de escoger estado, los exhorten y ayuden a que elijan uno que esté en el querer de Dios, luego de haberle recomendado mucho su vocación y haberle suplicado que les dé la gracia de conocer y seguir su santa voluntad, y luego de haberse confesado y comulgado en unión de sus padres, y haber dialogado y deliberado juntos, en presencia de algún buen servidor de Dios, para reconocer cual es el estado de vida a Dios los llama.

-Tú, como predicador, debes hacer conocer la fealdad y el horror infinito del pecado en general y de cada vicio en particular; haz que los

²⁰ *Introducción a la Vida devota*, 3ª parte, cap. 38

oyentes lo odien y detesten y en cambio amen y abracen la práctica de las virtudes y de las obras cristianas.

-Recomienda instantemente a los cristianos el honor y respeto que deben a Nuestro Santo Padre el Papa, a los señores Obispos, a los párrocos y pastores, a todos los sacerdotes y a otros eclesiásticos, como también a los reyes, príncipes, gobernantes, magistrados, jueces y a todas las autoridades temporales.

-Haz ver a las mismas autoridades y a los magistrados que ocupan el puesto de Dios para el gobierno temporal de los pueblos; que están obligados a gobernarlos como si fuera él en persona, es decir, con bondad, clemencia, paciencia, caridad, amabilidad y misericordia; que los traten con corazón y amor paternal; que los animen con su ejemplo a servir y a amar a Dios; que empleen su autoridad no tanto para hacerse respetar y temer, sino a hacer que acepten y obedezcan; que cuiden de sus intereses y los de la Iglesia.

-Exhorta a los nobles a que estimen, amen, deseen y busquen la verdadera nobleza y el verdadero honor, o sea, que se adornen con las virtudes cristianas y hagan sus obras como hijos de Dios.

-Imprime en las mentes y los corazones de los ricos el desprecio y el desasimiento de las falsas riquezas temporales; llévalos a estimar y amar las verdaderas y eternas; y persuádelos a que las adquieran con humildad, modestia, caridad y misericordia hacia los pobres y por el empleo de parte de sus bienes en buenas obras.

-Haz conocer a los pobres las ventajas de su condición que los hace conformes a Nuestro Señor Jesucristo, a su santísima Madre y a tantos grandes santos; exhórtalos a abrazar de buen grado, por amor a él, que siendo infinitamente rico quiso hacerse muy pobre por amor de ellos; que sobrelleven las incomodidades con paciencia; que sean verdaderamente pobres, pequeños y humildes ante Dios; que vivan en su temor y depositen su confianza en su infinita bondad.

-Invita a señores y señoras a tratar a sus criados y criadas como desean que el soberano Señor los trate; que los instruyan en lo referente a su salvación; que los cuiden cuando se hallen enfermos; que les paguen bien sus servicios; y recíprocamente, invita a los criados y criadas a tratar a sus señores y señoras con respeto y obediencia y a cumplir fielmente el servicio que les deben, como a aquellos que tienen el puesto de Dios.

-Obliga a los padres y madres a imitar al Padre celestial en el amor, bondad, paciencia y atención con los que deben educar a sus hijos; y a los hijos a seguir al divino Niño Jesús en el respeto, sumisión y obediencia que é tuvo a san José y su dignísima Madre.

-Finalmente hay cuatro puntos en los que nunca insistirás demasiado:

1. La veneración de los días y lugares sagrados;
2. El santo uso de los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, en especial, la confesión íntegra, parte esencial del sacramento de Penitencia;

3. La caridad, la unión y concordia con el prójimo y la reconciliación con los enemigos;
4. La restitución de los bienes ajenos.

CAPÍTULO VIII

Observaciones sobre la predicación

Además de lo dicho sobre las materias que hay que predicar, aquellos a quienes se confía este sagrado ministerio deben observar los siguientes puntos.

-Si bien el predicador está obligado a poseer ciencia suficiente, sin embargo no es necesario que sea excelente; san Francisco fue un gran predicador y sin embargo no era muy docto²¹. Cuide de no tratar de materias que no sepa muy bien y en las que no esté bien versado. Dice san Francisco de Sales: “el predicador siempre sabe lo suficiente cuando no quiere aparentar saber más de lo que sabe”.

-Debe evitar hacer demasiadas citas, tanto de la Biblia como de los Santos Padres. De ordinario obedece al prurito de mostrar que se es erudito, pero resulta atiborrando la memoria del oyente. Hay que citar menos y resaltar las citas que se traen.

-Cuando se aduce un pasaje de la Biblia un tanto largo, no hay que despacharlo todo de una vez, sino hacerlo por partes, explicándolo clara y nítidamente, subrayando bien todas las palabras, y mostrando su fuerza y su énfasis.

-Explique el predicador las Sagradas Escrituras no según las invenciones de su mente sino según el sentido de la Iglesia, de los Santos Padre y de los Doctores aprobados.

²¹ Este apunte lo toma san Juan Eudes de san Francisco de Sales. Se refiere a san Francisco de Asís.

-Las citas que se hacen de los Santos Padres sean cortas, sólidas y vigorosas. Hablar de ellas siempre con gran respeto.

-Cuando hay diversidad de opiniones entre los Santos Padres y Doctores, no aducir las opiniones que hay que refutar, pues no se predica para discutir con ellos.

-Los ejemplos de los santos tienen maravillosa eficacia cuando se exponen bien, pues la vida de los santos es el Evangelio puesto en práctica. Es música no solo copiada en un papel sino ejecutada y cantada.

-Las historias naturales son muy buenas cuando son breves y bien aplicadas. El mundo creado por la palabra de Dios anuncia por doquier esta divina palabra. Es el gran libro de san Antonio que predica admirablemente las perfecciones y las alabanzas de su autor.

-Las semejanzas o comparaciones que no sean muy ajenas al tema que se trata, y que se aplican muy naturalmente, son útiles para hacer entender, gustar y retener lo que se enseña, en especial las que se sacan de la naturaleza.

-Los argumentos que se deducen lógicamente constituyen un buen tema de predicación; se encuentran abundantemente en santo Tomás sobre todos los temas; consultar los índices.

-Se pueden citar también los autores profanos pero que sea tan rara, escasa y brevemente que quede claro que no se quiere adherir a la cita.

-Los versos de poetas son inútiles y sus fábulas nunca deben encontrar lugar en la predicación de las realidades evangélicas. No hay que colocar el ídolo de Dagón junto a la arca de la alianza.

-Hay que cuidarse mucho de comentar falsos milagros, historias apócrifas o ridículas, visiones sacadas de autores de poco crédito y otras inconveniencias que pueden restar credibilidad a nuestro ministerio²².

-El predicador humilde no desdeña predicar lo que otros predicadores han dicho, así sean contemporáneos.

-Citar con frecuencia griego, hebreo o caldeo²³ solo sirve para hacer ostentación de ciencia. Se puede sin embargo comentar algunas palabras cuando tienen especial significación, pero raramente y nunca para aparentar doctrina.

-Procúrese no hacer descripciones curiosas, vanas y groseras como hacen algunos estudiantes que, hablando del sacrificio de Abrahán, se divierten describiendo la belleza de Isaac, la situación del lugar del sacrificio y otras impertinencias.

-Se debe evitar imaginar coloquios entre las personas de que se habla en un misterio o en otro tema, si no están bien fundados, sólidos y probables; imaginar por ejemplo a Isaac que llora en el altar e implora compasión a su padre Abrahán, o hace soliloquios y lamentos, quedaría muy mal.

²² Algunos de los puntos anteriores se inspiran en san Francisco de Sales en *Carta al arzobispo de Bourges*.

²³ Designa la lengua aramea en la Vulgata.

-Si durante la predicación vienen algunos pensamientos o ideas que no se han estudiado y meditado antes es bueno rechazarlos. El espíritu maligno infunde en ocasiones semejantes ideas a los predicadores para sacarlos de sus cabales y llevarlos a avanzar afirmaciones de que luego se van a arrepentir. Sin embargo, cuando se está vivamente impulsado y claramente convencido de la verdad y bondad del pensamiento que se presenta, de modo que no solamente no se duda de él sino que se siente obligación de decirlo, que se percibe clara y distintamente y se tiene facilidad para expresarlo, entonces se puede hacer.

-Predicar a un auditorio popular materias espirituales demasiado elevadas, o presentarles la perfección cristiana tan alta y difícil que es casi imposible alcanzarla, hablarles de los sublimes grados de la oración y la contemplación, es perder el tiempo y exponerse al peligro de la vanidad. Los oyentes quedan vacíos, secos y sin fruto. Es conducirlos al desánimo por verse tan alejados de la perfección, e incluso hacer que se imaginen que todo está perdido y que lo que hacen no vale nada.

-Es muy importante ponerse al alcance y capacidad de la mayoría del auditorio tanto en la doctrina como en las costumbres. Sería ridículo hablar a los pobres de lujos, de excesos en el vestir, de banquetes y de parecidas extravagancias.

-Hay que predicar verdades inteligibles y útiles a todos; llenar el sermón de máximas buenas, sólidas y vigorosas, para imprimir el

horror al vicio, la estima y el deseo de las virtudes cristianas, el temor y el amor de Dios.

-Hay que evitar dos extremos. El primero es suministrar demasiada materia de predicación. Entre más se da los auditores practican menos. Poca materia lleva a mayor práctica. El exceso de viandas es más capaz de generar repugnancia que apetito. Se digiere mal la demasiada comida.

-El extremo opuesto es decir demasiado poco. Ampliar y desarrollar mucho, llenando la predicación de palabras y amplificaciones, hace que los oyentes regresen vacíos y sin fruto.

-No hay que anunciar cercana la venida del Anticristo ni hacer predicciones.

-No publicar indulgencias sin permiso del obispo diocesano.

-Se debe encomendar con frecuencia al pueblo que ore a Dios por nuestro santo Padre el Papa, por todos los pastores y eclesiásticos, en especial por el obispo diocesano, por el rey, por la familia real, etc.

-Es muy eficaz y útil terminar la predicación con una buena historia, con tal que sea probable y sólida, que no sea demasiado larga, narrada con toda claridad, sin artificio ni exageración, y que venga de un autor serio e irreprochable. La Sagrada Escritura trae muchas y tienen maravilloso efecto. Son tanto más indicadas para convencer las mentes y conmover los corazones cuanto más se distinguen por su verdad e infalibilidad. El predicador que desea reportar mucho fruto debe finalizar su sermón con una de ellas en lo posible.

-Sobre todo ha de evitarse que la predicación sea demasiado larga. No sobrepasar una hora no sea que se cause fastidio al auditorio y la palabra de Dios termine siendo infructuosa.

CAPÍTULO IX

Predicación de los misterios

Se puede predicar sobre un misterio de diversas maneras:

1. Demostrar los efectos, para el hombre, del poder, la sabiduría, el amor, la caridad, la justicia, la misericordia de Dios en el misterio.
2. Los deberes con Dios en el misterio, a saber: adoración, alabanza, amor, acción de gracias, reparación, desagravio por nuestras ofensas y consagración de nosotros mismos a su divina Majestad.
3. Las luces y motivos que debemos sacar para seguir los caminos de Dios, para animarnos a seguirlo y amarlo, y para trabajar en la obra de nuestra salvación.

Otra manera

1. Narrar la historia del misterio.
2. Mostrar las razones que nos obligan a honrarlo y a celebrar debidamente su fiesta. Estas razones deben ser deducidas de su dignidad, su santidad y su excelencia; además señalar el honor y la gloria que tributa a Dios y la parte que tenemos en él por los frutos y beneficios que nos llegan a través de él.
3. Los medios de honrarlo mentalmente y mediante actos interiores; y también por acciones exteriores como los ejercicios de piedad, las buenas obras, y sobre todo por la imitación.

Otra manera

1. Mostrar lo exterior del misterio, o sea, todo lo que pasa por fuera en las personas que lo viven, en las palabras que pronuncian, en los actos que se realizan, en las virtudes que se practican.
2. Lo interior del misterio: lo que sucede interiormente en las mismas personas, en sus pensamientos y sentimientos, en sus afectos y disposiciones, y en los efectos del misterio obrados en sus almas.
3. Los frutos que se deben obtener de estos dos puntos para nuestra instrucción y edificación.

Otra manera

Escoger dos o tres circunstancias o particularidades del misterio, entre las más notables, patéticas y capaces de instruir, para hacer el contenido del sermón.

Otra manera

Escoger una, dos o tres virtudes de las que sobresalen en el misterio, o alguna verdad o máxima cristiana que se encuentre en él, que sirva de tema de la predicación, según lo que se dice luego sobre la manera de predicar sobre las virtudes y verdades cristianas.

Otra manera

En cada misterio considerar tres aspectos que sirvan de partes de la predicación: *¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo?* Por ejemplo en el misterio del nacimiento de Nuestro Señor: *¿Quién nace? El Salvador;*

¿Por qué nace? Para salvarnos; ¿Cómo nace? Pobremente, desnudo, en un establo, en crudo invierno, pequeñito, de una Madre Virgen...

CAPÍTULO X

Tres maneras de predicar sobre los evangelios,

las cartas u otro texto de la Biblia

La *primera* es parafrasear y explicar el evangelio, la carta u otro texto bíblico sobre el que se habla., punto por punto. Al fin de cada punto sacar algún fruto que esté acorde con lo que se trató y que responda a la necesidad de la gente, recomendando alguna virtud o hablando contra algún vicio.

Es manera buena pero no muy útil, pues no es indicada para persuadir ni para establecer sólidamente en una verdad pues solo se pasa superficialmente sobre cada tema.

Sugiero una *segunda* que juzgo mejor. Se toman dos o tres puntos principales, muy necesarios; se explican bien y se saca todo el fruto y las instrucciones posibles.

La *tercera* es más provechosa. Se escoge solo un punto que contenga alguna máxima o verdad cristiana, o que haga referencia a algún vicio o a alguna virtud; se hace la predicación sobre él, siguiendo las indicaciones que se van a exponer sobre el método de predicar sobre los vicios, las virtudes, las máximas y las verdades cristianas.

CAPÍTULO XI

Predicación sobre el Sacrificio de la Misa

La abundancia de puntos maravillosos que se dan en este misterio es tan gran que es fácil hacer varias predicaciones sobre este tema en formas diversas. Indico solamente las más útiles.

1. Mostrar en qué consiste este augusto Sacrificio.
2. Dar a conocer las obligaciones que tenemos con Nuestro Señor por haberlo establecido en su Iglesia. Además, señalar las razones que nos obligan a tener grandísima estima, veneración, devoción y respeto hacia la santa Misa, derivadas de las bondades infinitas que Nuestro Señor nos ha manifestado al hacerse presente entre nosotros y al sacrificarse por nuestro amor.
3. Enseñar las disposiciones exteriores e interiores con las que hay que asistir a la santa Misa.

CAPÍTULO XII

Predicación de los mandamientos

de Dios y de la Iglesia

1. Luego de dar a conocer lo que el mandamiento ordena o prohíbe hay que señalar las razones y motivos que nos deben mover a cumplirlos.
2. Hacer ver los pecados que se cometen de ordinario contra este precepto por pensamientos, por voluntad, por palabras, por acciones, por omisión y por estímulo. Sin embargo, al tratar del sexto mandamiento se debe exponer con honestidad, circunspección y discreción.
3. Indicar los medios para cumplir el precepto que se explica y para evitar los pecados que se comenten en su contra.

CAPÍTULO XIII

Predicación sobre la santísima Virgen

Siendo la santísima Madre de Dios un abismo de grandezas, excelencias, gracias y maravillas se puede predicar en su honor de diversas maneras.

Señalo una muy útil y que solo contiene dos puntos:

El *primero*, hacer ver las razones por las que debemos honrarla y servirla. Hay que deducirlas o de las excelencias particulares o de lo que ella es respecto de Dios o de lo que es respecto de nosotros.

En *segundo* lugar, enseñar los medios para cumplir debidamente nuestros deberes con ella.

CAPÍTULO XIV

Predicación sobre los santos

Cuando hay que predicar en la fiesta de un santo puede hacerse diversamente:

Mostrar 1. Cómo se comportó el santo con Dios; 2. Como actuó respecto de sí mismo; 3. Cuál fue su actuación respecto del prójimo, según las palabras de san Pablo: *Vivamos sobria, justa y piadosamente* (Tit 2, 12). *Sobriamente*: para consigo mismo; *justamente*: para con el prójimo; *piadosamente*: para con Dios. Recordar los hechos sobresalientes de la vida del santo que ilustran cada punto.

O bien

Narrar lo que sucedió digno de alabanza en la vida del santo: 1. En su infancia; 2. En su adolescencia; 3. En su edad adulta; 4. En su vejez, si tuvo larga vida; 5. En su muerte y después de su muerte. En cada punto sacar una enseñanza adecuada a los oyentes; por ejemplo, en el primero punto, para los niños; en el segundo para los adolescentes, y así del resto.

O bien

Mostar cómo el santo combatió y venció el demonio, el mundo y la carne.

O bien

Cómo venció los tres vicios que aparecen en estas palabras de san Juan: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne; concupiscencia de los ojos; y soberbia de la vida* (1 Jn 2, 16): avaricia, concupiscencia de la carne y soberbia.

O bien

1. Mostrar las razones que tenemos de honrar a los santos. Se derivan estas razones de las cualidades y de las acciones que lo han hecho digno de este honor.

2. Indicar los medios de honrar y celebrar santamente su fiesta, por las alabanzas que se le rinden, por las buenas obras que pueden hacerse en su honor, por las oraciones con que se invocan, y sobre todo por la imitación de su vida y sus virtudes.

3. En qué debemos imitarlo.

O bien

1. Comentar las gracias hechas por Dios al santo.

2. El buen uso que de ellas hizo y los servicios prestados a Dios mediante sus actividades y sus sufrimientos.

3. Cómo imitarlo en esos santos ejercicios.

O bien

Escoger dos o tres virtudes principales de la vida del santo y mostrar cómo imitarlas.

O bien

Escoger solo una virtud, la que más brilló en su vida.

1. Mostrar los motivos que deben llevarnos a amar el ejercicio de esta virtud y luego señalar que por esos motivos el santo la practicó perfectamente.

2. Hacer conocer en qué consiste esa virtud y cuáles son sus características. Luego mostrar que se encuentra admirablemente en el santo de que se habla, y que la practicó en muy excelente grado.

3. Indicar los medios para adquirirla y luego mostrar cómo el santo se sirvió de ellos muy fielmente.

Estas son diversas maneras de predicar sobre los santos. Cualquiera que sea el modo como se elija, se haga siempre con moderación; abstenerse de emplear palabras excesivas o comparaciones odiosas como rebajar a un santo para exaltar otro. A cada uno debe dársele el honor que le es debido, y por lo demás no reporta ningún fruto para los oyentes.

CAPÍTULO XV

Controversias

Observar las siguientes condiciones:

1 No predicar sobre estos temas sino donde haya muchos herejes o católicos que dudan y vacilan en su fe.

2 Cuando sea necesario hablar de ellos no hacerlo bajo forma de debate, y tratar a los hugonotes con mucha compasión, bondad y caridad, y no en forma indignada.

3 No entablar ninguna controversia si no es posible evacuarla enteramente; que la verdad católica quede sólidamente establecida y el error sea refutado debidamente; las dificultades sean bien resueltas y no quede ningún asomo de duda en la mente de los auditores sobre lo que se trató. No es bueno proponer objeciones fuertes y difíciles si no se tiene claridad en los argumentos que las refutan, de modo que los oyentes queden contentos y satisfechos.

4 Pueden usarse los siguientes métodos:

-El **primero**, poner en claro la verdad de nuestra religión y precisar sólidamente el contenido de la fe católica en cada punto de la controversia, mediante la Sagrada Escritura, los Concilios y los santos Padres de los cuatro primeros siglos. Luego adelantarse a las objeciones de los herejes y devolverles los pasajes que aducen en contra nuestra.

Por ejemplo, si se trata del asunto de la lectura de la Biblia en lengua vulgar, luego de exponer la doctrina y la práctica de la Iglesia a

ese respecto, sirviéndose de pasajes de la misma Biblia, utilizar en contra de ellos los pasajes que aportan contra nosotros.

Afirman que nos privamos de nuestro pan de cada día. Hay que ir en contra de esta afirmación diciendo que la Sagrada Escritura es ciertamente el pan de nuestras almas; pero que así como no es bueno dar a los niños un pan entero, ni entregarles un cuchillo para que lo partan por temor de que se hagan daño; indicar que este oficio es propio del papá y la mamá y por tanto oficio de la Iglesia; los sacerdotes y los predicadores se encargan de distribuir a los fieles el pan de la divina palabra.

Dicen que ocultamos a los cristianos el testamento de su Padre por temor de que se apropien de la herencia que les ha dejado. Al respecto hay que decir que ciertamente la Sagrada Escritura es el testamento de nuestro Padre. Pero que no hay que darlo a los niños pequeños no sea que lo destrocen, sino encomendarlo a los tutores que son los preladados, los pastores y los sacerdotes.

Afirman que la palabra de Dios es la luz que nos ilumina, pero no se pone en manos de los pequeños la vela, no sea que se quemem.

El **segundo**, establecer las verdades católicas según el modo que expusimos, luego explicar los misterios controvertidos. Por ejemplo, la manera como Nuestro Señor está presente en el Santísimo Sacramento; cómo los santos escuchan nuestras plegarias, etc. De este modo se responde fácilmente a las objeciones sin animosidad.

El **tercero**, explicar y aclarar los pasajes objetados por los herejes, pero sin traerlos explícitamente; luego probar lo dicho mediante los mismos pasajes. Por ejemplo, puede decirse que una cosa puede estar presente de dos maneras; visiblemente, como nuestro cuerpo; invisiblemente como nuestra alma. Nuestro Señor estuvo presente visiblemente en la tierra, y ahora sigue presente en ella, pero invisiblemente en el Santísimo Sacramento del Altar; no está allí visiblemente. Añadir en seguida: es lo que Él nos dio a conocer cuando dijo: *Tendrán siempre pobres con ustedes, pero no me tendrán a mí* (Mt 26, 11). “Estaré con ustedes invisiblemente hasta el fin del mundo; pero no con presencia visible y en el estado en el que se me puedan brindar los servicios que Magdalena me hizo al derramar sus ungüentos preciosos en mi cabeza y en mis pies”.

De este modo es posible responder a varios otros pasajes que los hugonotes esgrimen contra nosotros, y responderlos sin ánimo de controversia.

Por lo demás, es mejor, a menos que se esté bien preparado y ejercitado en todos los puntos de la polémica, no comprometerse en ninguna controversia o diálogo con los ministros u otros herejes que no se proponen dejarse iluminar sino disputar y vociferar. Es bueno no realizarlo frecuentemente sino sólo cuando se esté en obligación de hacerlo por razones importantes para la gloria de Dios y la salvación

de las almas. En ese caso es bueno seguir el método del P. Véron²⁴ y para ello estudiar y dominar perfectamente lo que esté en discusión.

²⁴ Jesuita, temido por los protestantes por su perfecto conocimiento de las materias debatidas entre católicos y herejes, y especialmente por su manera de invitarlos a probar sus doctrinas por la Escritura que para ellos era la única norma. El P. Olier lo invitó a dictar conferencias en el seminario de san Sulpicio.

CAPÍTULO XVI

Predicación de los principios y máximas de la vida cristiana y de las verdades evangélicas

Las predicaciones más necesarias, útiles y vigorosas son las que versan sobre los principios, máximas y verdades de la religión cristiana, sobre las virtudes y los vicios, y sobre las postrimerías del hombre.

Estos son algunos de los principios o máximas de la vida cristiana:

- Sin fe es imposible agradar a Dios* (Heb 11, 6).
- Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo* (Mt 16, 24).
- Huye del pecado como de ante una serpiente* (Sir 21, 2).
- El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser discípulo mío* (Lc 14, 33).
- No amen al mundo ni lo que es del mundo* (1 Jn 12, 15).
- El que dice que permanece en él, debe caminar como él anduvo* (1 Jn 2, 6).
- Felices los de corazón pobre porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5, 3).
- Felices los que lloran porque serán consolados* (Mt 5, 5).
- Felices los pacientes porque heredarán la tierra* (Mt 5, 4).

-Felices los misericordiosos, etc. (Mt 5, 7).

Estas son algunas verdades evangélicas:

-Muchos llamados, pocos escogidos (Mt 20, 16).

-Amplio es el camino que lleva a la perdición; estrecho el que conduce a la vida (Mt 7, 13).

-El que se enaltece será humillado, el que se humilla será enaltecido (Lc 14, 15).

-Quienes quieren hacerse ricos caen en la tentación y la trampa del diablo, y en muchos deseos dañinos e inútiles que sumergen al hombre en la ruina y la perdición (1 Tm 6, 9).

-A quienes temen al Señor no les ocurren males (Sir 33, 1).

-A quienes aman a Dios, todo coopera para su bien (Ro 8, 28).

Para predicar sobre un principio o una verdad de la vida cristiana es necesario: 1. Explicarlos bien y demostrar su importancia y excelencia. 2. Hacer ver los motivos por los que hay que seguirlos, derivados de la gloria que Dios recibirá por su práctica, las ventajas y beneficios que nos traerán, y el ejemplo que Nuestro Señor, su santa Madre y los santos nos han dado. 3. Los medios para orientar nuestra vida conforme a ese principio o esa máxima.

Para predicar sobre una verdad cristiana, luego de haberla explicado, si es necesario hacerlo, hay que cimentarla bien e imprimirla en los corazones de los cristianos mediante la Sagrada

Escritura, los sagrados Concilios, los santos Padres, el argumento de razón y el ejemplo. Luego sacar las enseñanzas y frutos partiendo de su contenido y según las necesidades de los auditores.

CAPÍTULO XVII

Predicación de las virtudes

Aporta los motivos y las razones que nos obligan a amar, desear y abrazar la virtud que se quiere inculcar.

Explica en qué consiste y señala las características por las que se puede diferenciar de la falsa virtud; pregunta si en nosotros existe la virtud falsa y no la auténtica.

Indica varios medios para adquirirla, ajustados a la condición y la capacidad de cada uno. Haz ver que es fácil practicarla, si se obvian las dificultades y si se responde a las objeciones que el mundo acostumbra proponer. Aporta ejemplos de los que la han ejercitado, incluso en condiciones muy difíciles.

Saca de la Sagrada Escritura los motivos para practicar una virtud. Insiste en el honor que Dios recibe por su práctica y en las ventajas que nos proporciona su ejercicio. Expone el ejemplo que Nuestro Señor, su santa Madre y los santos nos han dado de ella.

Primero, aduce los motivos generales y teóricos, luego continúa con los particulares y sensibles. El libro de Busée llamado *Viridarium* es excelente para predicar sobre las virtudes e igualmente el de Peraldus llamado *Devirtutibus et vitiis*.

CAPÍTULO XVIII

Predicación sobre el pecado y sobre cada vicio en particular

Demuestra la fealdad y el horror del pecado en general y de cada vicio en particular.

Aporta los motivos que nos mueven a aborrecerlo y detestarlo; a expulsarlo de nuestra alma si está instalado en ella; y si ha sido vencido, cerrarle las puertas para que nunca regrese. Apoyar estos motivos en: 1. La injuria y deshonra que ha inferido a Dios. 2. La aversión que Dios le tiene. Ésta aparece en las penas con que lo castiga en este mundo y en el otro, no solo en los hombres y en los ángeles sino incluso en su propio Hijo, por causa de los pecados de los hombres que él ha querido cargar. 3. Los daños y males infinitos que nos causa tanto en el cuerpo como en el alma, en tiempo y eternidad.

Enseña los medios para destruirlo en nosotros si nos habita. Y si lo hemos alejado impedir que regrese, y vencerlo enteramente. Esos medios son: 1. Reconocer nuestra miseria, debilidad e incapacidad tanto para hacer el bien como para huir del mal. 2. Tomar la firme resolución de hacer de nuestra parte, cuanto esté a nuestro alcance, con la gracia de Dios. Él quiere que cooperemos con él, confiados y apoyados no en nuestra cooperación sino en su sola bondad. 3. Huir las ocasiones de cuanto nos lleva al pecado. 4. Orar frecuentemente. 5. Examinarnos en la mañana para prever las ocasiones que pueden

presentarse durante el día para ofender a Dios, a fin de evitarlo, si es posible, o para precaverse de ellas; igualmente hacer el examen ordinario de la noche. 6. Oír una Misa cada día, o al menos ir a la iglesia para adorar el Santísimo Sacramento, y pedir gracia y fortaleza a Nuestro Señor. 7. Devoción especial a la santísima Virgen y recitar cada día alguna parte del Rosario aun cuando sea solo una decena. 8. Leer buenos libros. 9. Asistir a las predicaciones. 10. Ayuno u otra mortificación. 11. Limosna corporal para los que tienen medios y espiritual que puede hacerse a todos los hombres, 12. Confesarse y comulgar frecuentemente.

Para predicar contra los vicios:

Reprender muy prudentemente pues una reprensión indiscreta puede causar perjuicios en lugar de beneficios, en particular cuando afecta a personas de autoridad, como dice san Pablo: *No reprendas al anciano sino ruégale como a padre* (1 Tm 5, 1). San Gregorio pide, en esto del pecado de los mayores, o sea de quienes detentan autoridad, que no sea ocasión de muerte del alma para los jóvenes; basta llamarles la atención en particular. Igualmente, cuando los vicios públicos afectan solo a pocas personas y no hay peligro de contagio para otros, en particular cuando se juzga que al reprenderlos públicamente se vuelvan peores, desacrediten al predicador o hagan que otros no lo escuchen e impidan el fruto de la palabra de Dios y obren peores males que antes. *Omitir la corrección*, dice san Agustín, *con la esperanza de una ocasión mejor u oportunidad, para que no se*

*vuelvan peores o impidan el bien debido a los demás, no debe hacerse por timidez sino como consejo de la caridad*²⁵.

Nos lo enseña también san Gregorio con estas palabras: *La iniquidad de los poderosos debe ser condenada de modo que no sean exasperados y abandonen el bien que todavía tienen. A menudo, en oculto, son malos, pero el bien que practican exteriormente redundando en utilidad de muchos*²⁶.

No prestes atención fácilmente a los seculares cuando hablan en contra de los eclesiásticos ni a la gente cuando se queja de los magistrados, de los jueces o de los señores de la parroquia; y no te precipites a hablar de esto en el púlpito. Tómate tu tiempo para examinar y considerar maduramente las quejas que elevan antes de reprender sea en público sea en privado.

Si enseñas o reprendes, hazlo siempre con bondad y nunca amargamente. Cuando prediques en público truenas contra el pecado, fulmina los vicios, pero ten compasión de los pecadores, como el médico que se compadece del enfermo mientras combate la enfermedad. Nunca señales a alguien por su nombre, ni digas algo que haga pensar a alguno que te refieres a él.

Como el médico experto dora las píldoras a fin de que el estómago débil las reciba con agrado, así cuando sea preciso atacar el vicio, hay que hacerlo siempre con caridad hacia el pecador, y no airadamente ni con indignación ni furor. Y aunque hables con

²⁵ Sermón 36 sobre los santos y la *Ciudad de Dios* cap. 9

²⁶ Lib. 6 en 1 Samuel, cap. 2

vehemencia nunca emplees términos injuriosos o mordaces. Tu discurso y tu acción revelen que todo lo que dices nace de un corazón paternal encendido de amor por sus hijos y cuyas entrañas están llenas de compasión por su estado miserable, y de preocupación por su bien y su salvación.

Esto no impide que te sirvas de pasajes terribles tomados sea de la Biblia o de los santos Padres; de allí se toman motivos poderosos; aunque uses palabras atronadoras, pronúncialas con un tomo y un acento que dejan ver que brotan de un corazón abrasado de caridad y no lleno de bilis y cólera.

Es bueno también, para que los auditores estén dispuestos a asimilar estos ataques contra el pecado, que manifiestes que al hablar a los demás te diriges en primer lugar a ti mismo.

Cuando se habla en un lugar determinado es necesario informarse de los vicios y malas costumbres más corrientes que se dan ahí para combatirlos no de manera general sino directa.

Si quieres desarraigar un vicio o una mala costumbre no te contentes con hablar una o dos veces en su contra, sino vuelve sobre ellos frecuentemente.

Hay vicios que se dan en todas partes, contra los que hay que hablar en todas las predicaciones. Son por ejemplos los juramentos, blasfemias, imprecaciones y maldiciones; la profanación de los días y lugares santos; el mal uso de los sacramentos, en particular de la Penitencia y la Eucaristía; los odios, envidias, enemistades, divisiones

y murmuraciones; robar y retener injustamente los bienes ajenos; inferir daño a otros en cualquier forma; la falta de pudor; palabras y canciones lascivas, libros y pinturas deshonestas, y todo lo que es contrario a la pureza.

Al predicar de este vicio detestable no debes descender a detalles sino muy circunspecta y parcamente, no sea que termines enseñando el mal a quienes lo ignoran; no uses términos que no sean honestos, y evita en lo posible todo lo que pueda dejar mala impresión en los oyentes.

El libro de Busée llamado *Panarium* es útil contra los vicios, lo mismo que Peraldus del que ya te hablé.

CAPÍTULO XIX

Predicación de las postrimerías

y sobre todo de la muerte

Hay tres maneras de predicar sobre la muerte. La *primera* es mostrar la diferencia entre la muerte de los buenos y la de los malos. El objetivo es invitar a temer la una y desear la otra, y a vivir como los justos para morir como ellos.

La *segunda* es recalcar: 1. Los motivos y razones que nos deben mover a tener una buena muerte. 2. En qué consiste una buena muerte y cuáles son sus señales. 3. Indicar los medios para morir cristianamente.

La *tercera* es predicar sobre la preparación a la muerte: 1. Purificar la conciencia de toda suerte de pecado mediante la penitencia y esforzarse por reparar las faltas pasadas con limosnas si se tiene los medios, las oraciones y toda suerte de buenas obras que cada cual puede hacer según su condición. 2. Esmerarse por morir enteramente al pecado, al mundo y a sí mismo. 3. Someterse por entero a la divina voluntad en cuanto al tiempo, el lugar y la manera que le sea más de su agrado que muramos. 4. Entregarse a nuestro Señor para unirnos a las santas disposiciones con que él, su santa Madre, y todos los santos murieron. 5. Acostarse cada noche en el estado en el que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte.

6. Darse anualmente algún tiempo para hacer los ejercicios de la preparación a la muerte que están en el libro del *Reino de Jesús*²⁷.

Sobre el juicio

-Poner ante los ojos de los oyentes lo que allí ha de pasar como también los signos que precederán, las cualidades formidables del Juez, su terrible llegada, la diferente resurrección de los buenos y los malos, la separación de unos y otros, los libros que se abrirán, el examen que se hará y la cuenta que cada uno debe rendir, los acusadores y los testigos, la última y terrible sentencia que será pronunciada.

-Sacar las enseñanzas y frutos de todas esas verdades.

-Proponer los medios de evitar el terror y el rigor del mismo juicio.

Sobre el infierno

-Describir las penas del infierno en particular la del sentido

-Señalar los medios para evitarlas.

Sobre el paraíso

-Describir los bienes infinitos que Dios tiene preparados en el cielo a los que lo aman.

-Enseñar los medios para llegar a él.

²⁷ OC 1, 520

CAPÍTULO XX

Predicación sobre el purgatorio

-Sustentar la verdad del purgatorio, fundado en la justicia y la misericordia de Dios y en la eficacia de la preciosa sangre de Nuestro Señor.

-Tener presentes los motivos que nos obligan a tener compasión de las almas allí detenidas y a ayudarlas, considerando la gloria que darán a Dios una vez que estén en el cielo; pensar en la magnitud de los tormentos que allí padecen y de la caridad que les debemos.

-Exponer los medios para socorrerlas y los frutos que debemos sacar en beneficio nuestro al considerar sus padecimientos y la causa por la que sufren.

CAPÍTULO XXI

Consejos para componer y ordenar la predicación

Como se dijo en el capítulo cuarto, ora a Dios y disponte interiormente para seguir este método.

1. Escoge el tema que vas a predicar y discierne lo más necesario, útil y apropiado para conmover los corazones.

2. Fija bien el objetivo que te propones en esta predicación: hacer que Dios sea honrado, amado, temido; destruir el vicio; establecer la virtud; inculcar una verdad cristiana o cualquier otro fin. Procura que todo lo que vas a decir en el sermón tienda a este propósito y que el oyente sea llevado a alcanzarlo.

3. Considera, medita, estudia, concibe claramente lo que vas a decir, de manera que tengas definido el sermón en tu mente y quedes satisfecho.

4. Establece el orden y la división de la materia que vas a predicar. No hay nada que ayude más al predicador, haga útil su ministerio y agrade al auditorio como predicar metódica y ordenadamente, pero en un esquema tan claro y manifiesto que todos lo entiendan.

Para esto es necesario declarar siempre lo que se busca y cuál es el propósito y el designio de cada predicación, cuáles los medios que se quieren aconsejar para obtenerlos y dividir luego el sermón en dos o tres puntos.

Por ejemplo, escojo la humildad como tema de mi sermón. Me propongo arraigar en el corazón de mi auditorio gran estima por esta

virtud y ardiente deseo de practicarla. Les diré desde el principio: “Mi propósito hoy es hacer que amen y abracen la práctica de la humildad. Para ello les diré estos tres puntos que serán las partes de mi sermón: Lo que es esta virtud, en qué consiste y las señales por las que se le conoce; luego, los motivos que nos deben mover a amarla y practicarla, y finalmente, los medios son...

5. Llenar cada punto con verdades básicas, con pasajes bien escogidos y que no sean muy largos, razones sólidas, traer comparaciones claras y naturales, ejemplos poderosos para iluminar y convencer, primero la inteligencia, y luego conmover y excitar la voluntad, para llevarla a practicar esta virtud o a huir el vicio opuesto.

6. No refieras demasiados pasajes, ni razones, ni cosas parecidas. Es mejor que sean pocos bien explicados y valorados.

7. Pon cada cosa en su lugar y cuídate de colocar en un sitio lo que no conviene allí. Lo que sería provechoso y agradable si ocupa su lugar propio y natural, perdería su brillo y su poder puesto en lugar no apropiado.

8. Cuando cites varios pasajes reserva para el final los de mayor valor. Y cuando aportes varios motivos o razones para probar una verdad, usa las más generales y especulativas al comienzo, las mediocres en medio, y al fin las más poderosas y las que más impactan los sentidos.

9. Cuando pases de un punto o de un argumento a otro, haz la transición sencilla y naturalmente, sin artificio, diciendo, por ejemplo: luego del primer pun

to en el que vimos la definición de la humildad y sus señales: “En esto consiste la humildad y estas son sus señales, etc. Veamos ahora las razones y los motivos que nos la deben hacer amar. El primero es... el segundo es...

10. Puedes servarte en ocasiones de términos diferentes para exponer las divisiones de los puntos, las transiciones y las maneras de expresar lo que se dice, para no aburrir al auditorio.

11. Sé breve en el exordio que precede el *Ave María*; una vez dicha, entra en materia lo más pronto que puedas. El exordio debe ser a menudo lo último que se piensa, dado que, puesto que es necesario sacarlo *de las entrañas del problema* es fácil encontrarlo una vez que el sermón está terminado.

12. No olvides sacar en cada punto una práctica moral, sea para instruir la mente, sea para conmover los corazones; pero reserva para el final los movimientos más vehementes, las palabras más fuertes y más patéticas.

13. Haz al final un breve resumen de lo dicho para gravarlo en el corazón de los oyentes, y termina con un pasaje emocionante de la Sagrada Escritura, con palabras entusiastas, vigorosas, llenas de fervor, sea apostrofando al auditorio o dirigiéndote a Dios en forma de oración.

14. Una vez que hayas dado forma y ordenamiento en tu mente a la predicación, puedes escribirla de diversas maneras. Algunos solo ponen por escrito los puntos principales antes de pronunciar el sermón. Otros lo escriben íntegramente y lo aprenden de memoria palabra por palabra. Esto representa mucho trabajo y poco fruto, pues cuando la mente está atada al texto escrito pierde libertad, el fervor disminuye, y no se habla con aquel vigor y vehemencia con el que la pasión se enciende cuando depende solo de lo que dice, con tal que lo haya concebido claramente, lo tenga digerido y lo posea perfectamente.

Otros observan el justo medio entre estos extremos: son los que escriben su sermón en media página pero de modo que las materias, en incluso las palabras, estén enlazadas y unidas conjuntamente de manera que les queda amplia libertad para extender y enriquecer su discurso mediante los afectos y movimientos que les llegan improvisadamente. Esta manera es mejor que las anteriores.

Hay una cuarta manera que es muy buena: componer, ordenar y dominar en su mente muy bien todas las partes de su predicación, a saber: el exordio que precede al *Ave María*, luego la entrada, la división, los puntos, los argumentos, los pasajes, las comparaciones, la historia, los afectos y movimientos, las transiciones, las diversas maneras de expresar lo que se va a decir y la conclusión. Así, una vez que se ha estudiado, meditado y considerado todo, es posible pronunciar el sermón sin haber escrito nada; todo queda gravado con tanta nitidez en la mente que es fácil repetirlo otras veces.

CAPÍTULO XXII

Lenguaje y manera de hablar

Si el tema del sermón ha sido estudiado y concebido bien fácilmente se encuentran las palabras para expresar lo que se va a decir. Se debe hablar de manera tan inteligible y clara como sea posible, evitando expresiones oscuras que pocos entienden.

El predicador evangélico, que desea hablar con la sencillez y el espíritu de Nuestro Señor y de sus santos Apóstoles, *como de Dios, en presencia de Dios, en Cristo* (2 Cor 2, 17), debe evitar, como la peste de la predicación, *las vanas novedades de las palabras* (1 Tm 6, 20), las expresiones nuevas y las maneras de hablar que estén de moda.

No debe emplear palabras groseras, impropias y poco usadas. Al contrario, debe expresar sus pensamientos con buenos términos. Su discurso no debe ser demasiado rebuscado ni acicalado, pues nada disminuye tanto el celo y el ardor del que predica y del que escucha, como un discurso pomposo e inflado. Por el contrario cuando se habla sin disfraz ni artificio, comunicándose de corazón a corazón, entonces se persuade perfectamente y se conmueve al auditorio. San Pablo llama a los predicadores que se esmeran tanto en el bello lenguaje, adúlteros y corruptores de la palabra de Dios, y nos declara que las bellas palabras y los discursos demasiado pulidos, destruyen el fruto de la Cruz de Jesucristo (2 Cor 2, 17; 4, 2; 1 Cor 1, 17).

No dirigirse a los oyentes con el título de “Señoras y Señores”. Es demasiado mundano y aseglarado, y no muy cristiano ni cordial. Mejor llamarlos: “Cristianos” o “Asamblea cristiana” o “Mis Hermanos”. Así se expresan los Apóstoles y los santos Padres.

Nunca se debe emplear la adulación: *No con palabras de adulación* (1 Ts 2, 5), ni profanar la santa palabra de Dios prodigando vanas alabanzas a los hombres, aunque sean reyes, príncipes o papas.

No hay que temer repetir y reiterar varias veces alguna afirmación cuando es importante, para que sea bien comprendida y se imprima muy hondo en los corazones pues *Nunca se repite demasiado lo que nunca es suficientemente aprendido*²⁸.

Los términos “casualidad” o “fatalidad” y otros semejantes son muy indignos de los labios de un predicador cristiano que debe enseñar a los fieles que nada en este mundo sucede por acaso, fortuitamente o por azar sino que todo acontece bajo la guía de la divina Providencia.

La acumulación de epítetos suena más a ostentación de poesía que a sencillez evangélica. Digo lo mismo respecto exageraciones demasiado fuertes y grandes.

Hay que evitar cuidadosamente sinónimos y repeticiones fastidiosas, es decir, usar de términos que tienen la misma significación.

²⁸ *Numquam nimis dicitur, quod numquam satis discitur.*

Hay que precaverse de una falta en que incurren los predicadores jóvenes, que prometen grandes cosas y no dicen sino banalidades.

CAPÍTULO XXIII

La voz y la pronunciación

Declamar defectuosamente los mejores y más hermosos textos es perder el tiempo. Decir cosas comunes y sencillas, pero decirlas de manera excelente, sentida y vigorosa, es lograr la perfección de la predicación.

La pronunciación y el lenguaje corporal son cualidad fundamental del predicador. Contribuye mucho a convencer y a despertar los afectos. Es el tema de este capítulo y del siguiente.

Saber manejar y conducir la voz es uno de los medios más importantes para predicar eficazmente y con fruto: levantar la voz o bajarla, impulsarla o retenerla cuando sea preciso; darle acento de acuerdo al tema que se trata, a veces triste, a veces gozoso; impregnarla de sentido amor a Dios, o de afecto a los oyentes; de indignación contra el pecado o compasión con quien está esclavizado a él; adaptarla a la índole del tema que se predica, no tratando las cosas intrascendentes o de menor importancia con voz fuerte o vehemente, y las que son graves e importantes con voz débil e irrelevante; dar a cada caso lo que le es propio: a lo común y corriente, una manera de hablar común y ordinaria; y a lo de importancia, voz grave y vigorosa.

Hay que evitar cuidadosamente cantar, es decir, emplear una voz próxima más al canto que a la palabra. No hay nada más ridículo y desagradable en la predicación.

Tampoco se debe declamar al estilo del escolar que recita su lección de memoria ante el maestro. Esta manera de hablar no es natural sino afectada, no conmueve. Pronunciar el discurso en forma monótona, aburre, desagrada y adormece al oyente.

El secreto es hablar, esto es, pronunciar lo que se dice sencilla y naturalmente, sin artificio ni afectación, pues en esto como en todo, el mejor artificio es no tenerlo.

No se debe hablar demasiado lentamente, como quien busca lo que va a decir, ni demasiado rápidamente como corriendo y con precipitación. Lo que se dice de este modo impresiona exteriormente los sentidos pero no penetra en el corazón. Resbala someramente como un chubasco que cae impetuosamente y hace mucho ruido, pero como cae rápidamente pasa por encima de la tierra sin impregnarla.

Con todo hay cosas que es necesario decir lenta y gravemente. Otras prontamente y con vehemencia. Pero siempre hay que hablar distinta y claramente, pesando bien todas las palabras, si se quiere imprimirlas muy dentro del corazón a fin de conceder espacio a los oyentes para retenerlas y saborearlas.

En el exordio, sea antes o después *Ave María*, hay que comenzar suave y gravemente, con voz moderada y a la manera de como se habla en familia.

Es necesario repasar varias veces en la mente la predicación antes de subir al púlpito; disponer y concebir no solo lo que se debe decir sino también la manera de expresarlo, especialmente el

comienzo. Así se es dueño del discurso y se posee perfectamente. Haciendo esto, en lugar de ocupar la mente en buscar lo que se quiere decir, se tiene espacio para recogerse, conservar el dominio de sí mismo y concentrarse en la importancia de las verdades que se pronuncia, y dar a la voz el tono conveniente.

En la continuación del discurso, poco a poco se eleva la voz, pero siempre hablando y no recitando ni declamando.

Al presentar las pruebas, los argumentos y las explicaciones de pasajes se continúa hablando familiar y naturalmente, aunque con inflexión de la voz, o sea, a veces fuerte y a veces moderada; elevándola o bajándola, sin dejar sin embargo que se apague demasiado; sosteniéndola y manteniéndola en su vigor, con modesta solemnidad, con dignidad propia de la palabra de Dios, en cuanto posible.

Cuando se llega a los movimientos y afectos del alma es necesario usar al comienzo una voz muy moderada, pero elevarla y animarla con fervor; y al final impulsarla vivamente, cuidando sin embargo de no dar exclamaciones demasiado vehementes ni gritos forzados y violentos.

Las elevaciones breves y fervorosas que se dirigen de tanto en tanto a Dios, a Nuestra Señora, a los ángeles y a los santos, y los apóstrofes al pecador son muy eficaces, por ejemplo: ¡Oh Dios! ¡Gran Dios! ¡Oh bondad! ¡Oh amor! ¡Oh exceso! ¡Justicia de Dios, que formidable eres! ¡Madre de Dios, apiádate de nosotros! ¡Ángeles y Santos, rueguen al soberano Predicador que hable en el oído de los

corazones, que haga ver y gustar la importancia de estas verdades, que las grave muy dentro de cuanto me escuchan!

¡Hombre, abre tus oídos! *El que tenga oídos para oír que oiga. El que escuche, que entienda.* ¡Oh cristiano, qué culpable eres...! ¡Oh pecador, qué cruel eres contigo mismo! ¡Hermano mío, mi queridísimo hermano, ten compasión de tu alma...!

CAPÍTULO XXIV

Lenguaje corporal

Los predicadores nuevos, todavía sin mucha experiencia, no sólo deben repasar su sermón varias veces antes de subir al púlpito, sino que deben preocuparse, al repasarlo, de su presentación, de hacer los gestos adecuados y de dominar los movimientos de su cuerpo.

Deben evitar sin embargo todo artificio y afectación. Cuiden su accionar haciendo que sea sencillo y natural, suprimiendo todo lo que pueda parecer grosero, indecente, deforme o chocante.

No deben permanecer inmóviles, como una estatua. Pero tampoco hay que multiplicar gestos estudiados, como si se actuara en el teatro.

Deben presentarse con la dignidad y modestia de un predicador evangélico, para comunicar, de manera sencilla y natural, lo que se expresa con palabras.

Tampoco hay que repetir los mismos gestos ni hacer los mismos movimientos del cuerpo, sino diversificarlos según lo que se trata. No deben golpear las manos, una contra otra, sino raramente. Tampoco es bien visto golpear el púlpito con la mano o con el pie sino cuando la importancia de lo que se predica lo requiera; ni correr de un extremo al otro de la tribuna si es demasiado amplia.

No estar ni demasiado alto ni demasiado escondido en el púlpito; no sacar la mitad del cuerpo fuera del púlpito; no encorvarse demasiado, ni poner los codos en la tribuna; sino permanecer recto, sea sentado sea de pie; no avanzar la cabeza hacia adelante ni echarla atrás, o a los lados; mantenerla recta; no lamer o morder los labios; no levantar a todo momento los ojos al cielo sino mirar al auditorio en grupo y en general, y a nadie en particular.

No extender o alargar los brazos ni elevar las manos por encima de la cabeza ni bajarlas más allá de la cintura, o esconderlas tras las espaldas o ponerlas hacia los lados; no golpearse con las manos en el trasero, ni en las rodillas sino raramente y si el asunto que se trata lo pide.

No tener los puños cerrados ni los dedos abiertos; no soplar por las narices si falta el aire. No toser ni escupir a menos que sea necesario. Tampoco hacer algún gesto, movimiento o acción contra la decencia, dignidad y modestia que deben acompañar un ministerio tan santo y divino.

Dice san Francisco de Sales: “Tener un accionar libre, noble, generoso, sencillo, fuerte, santo, digno y un tanto lento. *Libre*, que no sea el accionar obligado y estudiado de los pedantes. *Noble*, que no sea el accionar rústico de algunos que hacen profesión de golpear con los puños, los pies o el estómago el púlpito; que gritan y vociferan extrañamente y a menudo fuera de propósito. *Generoso*, que no sea un accionar tímido como si hablaran a sus padres y no a sus discípulos y a sus hijos. *Sencillo*, que no sea lleno de artificio y

afectación. *Fuerte*, que no sea un accionar muerto, muelle y sin eficacia. *Santo*, que excluya las maneras hipócritas, cortesanas y mundanas. *Digno*, que no dirija saludos al auditorio, ni reverencias ni charlatanerías, mostrando las manos, la sobrepelliz y haciendo otros movimientos indecentes. Un poco lento para excluir cierto accionar corto y recogido, hecho más para divertir que para conmover el corazón”. Así se expresaba este gran y santo prelado.

Hay que evitar igualmente en la predicación del Viernes Santo todo accionar que no sea serio y que no lleve a los oyentes a una verdadera compasión de los dolores del Hijo de Dios que sufre y muere.

CAPÍTULO XXV

Medios para conmover y tocar los corazones

Para tocar y conmover los corazones, fin principal de la predicación, haz lo siguiente:

1. Practica cuidadosamente lo escrito arriba en los capítulos 4 y 5, a saber: en el 4°, lo concerniente a las disposiciones interiores que preceden, acompañan y siguen la predicación. En el 5°, lo dicho respecto de la vida ejemplar que el predicador debe llevar, pues la palabra de Dios tiene tanta mayor poder en la mente y toca más poderosamente el corazón de los oyentes cuanto quien la anuncia la practica en su vida.

2. Predica virtudes sólidas y arguméntalas bien. Para ello, sítete de los pasajes más enérgicos de la Sagrada Escritura y de los santos Padres, de motivos que convencen y de ejemplos muy conformes con el tema. Las reacciones y los afectos sacados de una verdad importante y bien sostenida tienen fuerza maravillosa; y cuando el entendimiento está del todo convencido es fácil influir en la voluntad.

3. Observa en cuanto te sea posible lo que se dijo en los dos capítulos precedentes en cuanto al lenguaje corporal.

4. Sé constante y dedicado a la oración y la meditación. Allí encontrarás luces para iluminar las mentes a fin de que descubran la importancia y la hermosura de las virtudes cristianas y para enfervorizar los corazones de modo que las gusten y las amen. Y cuando estén bien persuadidos y vivamente conmovidos tendrán gran facilidad para penetrarlas e imprimirlas fuertemente en sus corazones.

Las verdades con las que Dios ilumina nuestra mente en la oración, y por cuya consideración somos movidos a servirlo y amarlo, tienen poder incomparablemente mayor para inflamar los corazones que las que tomamos de los libros, sin haberlas meditado y considerado ante Dios. Hay tanta diferencia entre estas y aquellas como la que hay entre alimentos bien cocidos y sazonados y otros que se ofrecen crudos.

San Gregorio el Grande y santo Tomás de Aquino afirman que la predicación debe proceder de la plenitud de la contemplación como de su fuente y que los predicadores deben ser hombres perfectos que, saliendo de la oración, colmados de las delicias de la bondad divina, den a los demás de su abundancia y publiquen en voz alta las maravillas de su divina majestad.

El predicador apostólico no debería servirse de medio más poderoso para conmover los corazones que hacer preceder, acompañar y seguir con la oración la preparación y composición de su sermón; con ella pide a Dios luces, gracias y palabras, para considerar y meditar atentamente ante él las verdades que quiere enseñar y para sacar, para sí mismo y para los otros, la instrucción y el fruto que su ministerio pide. *Lo que por sí mismo no arde no puede encender lo demás*, dice san Gregorio. No hay corazón tan aterido que no sea inflamado por una buena meditación: *En la meditación se enciende mi fuego*.

5. Penetrado y animado por la doctrina que predicas, pronuncia devotamente y con afecto todas las palabras, enardeciendo tu corazón y tus labios, no mediante exclamaciones vehementes ni con gritos

forzados y violentos, ni con ademanes inmoderados, ni con arrebatos de cólera, de acritud o de indignación contra los oyentes, sino movido por un afecto interior sincero y fervoroso. Que al ver tu semblante y tus gestos todo el mundo quede convencido de que tus palabras brotan del corazón, tan llenas de compasión y caridad al prójimo como de amor a Dios. Tus palabras serán otras tantas ascuas que calentarán e incluso abrasarán los corazones más tibios y fríos. La lengua habla solo a los oídos, el corazón habla siempre al corazón del oyente.

6. Organiza tu tiempo, especialmente el día en que vas a predicar, de modo que puedas celebrar la santa Misa no a la carrera sino serenamente. Prepárate dignamente a fin de celebrarla con mucha atención y devoción y para hacer bien tu acción de gracias. No es posible creer, dice san Crisóstomo, que la boca que ha recibido la palabra increada y encarnada, y la lengua que se ha empapado de la preciosa sangre no infunda temor a los demonios y no se torne poderosa para ablandar los corazones más endurecidos.

7. Antes de ir al templo para hacer la predicación, repásala de nuevo en tu memoria para dominarla bien. Evita las actividades y encuentros que puedan distraer tu espíritu de devoción. Mantente retirado y recogido, tanto para edificar al prójimo como para atraer el espíritu de Dios que nos habla en la soledad. No es edificante ver a un predicador en el púlpito si inmediatamente antes se le ha visto entreteniéndose, conversando y riendo con los otros. Pero da peso a su predicación saber que acaba de estar en diálogo con Dios, hablando a su divina Majestad, para orar a su divino Espíritu y encomendarle a los oyentes.

Cuando sea posible, es bueno que un poco antes se te vea ante el Santísimo Sacramento, y que de allí vayas a subir al púlpito con los ojos bajos y recatados, y con aire serio, devoto y modesto.

8. Para hacer que la emoción y los afectos sean poderosos es bueno que uses algunas palabras de la Sagrada Escritura, breves y expresivas, que no necesiten explicación, especialmente sacadas de los profetas que son muy eficaces para enfervorizar los corazones, pero mejor aún pronuncia las de Nuestro Señor Jesucristo.

9. Cuida de no ser demasiado largo sino breve en lo que dices para conmover los corazones, termina con el vigor y la fuerza de tu emoción.

10. Terminada la predicación regresa como viniste, con los ojos bajos y con un exterior que revele modestia y piedad.

CAPÍTULO XXVI

Defectos en el ministerio de la predicación, los predicadores de moda

Además de los defectos de que ya hablamos, evitemos los siguientes:

1. No predicar sin vocación de Dios. La predicación no es obra humana sino divina. La vocación es necesaria para toda clase de condiciones y empleos pero en especial para éste que es de gran importancia. Cuando no hay vocación de Dios no hay de ordinario la gracia. Sin ella es imposible realizar algo que sea de su agrado. La vocación al oficio de predicador se reconoce por la probidad de vida, por una fuerte inspiración acompañada de grandes deseos de ayudar a salvar almas, por la pureza de intención, por una ciencia si no excelente al menos suficiente. Cuando se poseen las demás cualidades y talentos necesarios para este empleo, pero sobre todo, cuando no se asume por propia iniciativa, y cuando no se predica por capricho personal y propia voluntad sino por obediencia recibida de los superiores o directores, y con misión de quienes están autorizados a concederla, se es llamado a este ministerio.

2. Deben evitarse los recursos demasiado refinados de la elocuencia que corrompen la palabra de Dios. No dejarse llevar de sutilezas inútiles y de cuestiones traídas del aprendizaje. Renunciar a todos los atractivos de una retórica secular y abstenerse de esas declamaciones afectadas que huelen más a teatro que a la cátedra

evangélica. En ella se esperan predicaciones fervorosas y animadas por el espíritu de Dios.

3. Hay que cuidarse de hacer largos preámbulos para excusarse ante los oyentes sobre su incapacidad o indignidad ante la grandeza de la acción que hacen, sobre la dificultad de la materia que van a tratar, sobre que no se ha dispuesto de mucho tiempo para prepararse, y otras impertinencias semejantes que pertenecen más bien a un escolar que a un predicador del Evangelio.

4. No pronunciar palabras sobre las materias graves e importantes que no hayan sido bien ponderadas y analizadas antes, y que merezcan rigurosa aprobación de los teólogos. Si por accidente se escapa alguna palabra o proposición que pueda interpretarse en mal sentido, hay que explicarla de inmediato antes de seguir adelante, de modo que nadie pueda quedar escandalizado o dubitativo sobre la doctrina que se predica.

5. No usar nunca palabras infladas y excesivas en las reprensiones ni en las alabanzas.

6. No decir jamás algo que provoque risas. Nuestro Señor no lo hizo nunca y más bien provocó lágrimas.

7. No pronunciar sino raramente y con respeto los nombres de Jesucristo, de Jesús y María, y al pronunciarlos descubrirse siempre como testimonio especial de veneración.

8. No predicar como declamando, recitando o cantando, sino hablando, como dijimos antes. Nunca se dirá lo bastante en contra de estos defectos pues es importante no caer en ellos.

Medios aconsejables para evitar la declamación y acostumbrarse a hablar son: A) Enseñar el catecismo durante cierto tiempo pues allí se acostumbra hablar familiarmente. B) Escuchar varias veces a un predicador que hable y no declame. C) Ejercitarse en este punto repitiendo en privado la predicación antes de subir al púlpito. D) Tener seguridad de lo que se va a decir, en especial el exordio. E) Hablar al principio con voz grave y en tono moderado, como se habla en el discurso familiar. F) Emplear interrogantes como: “Tengo tres puntos para decirles, ¿cuáles? Esta es una verdad: ¿cómo la probarían ustedes? ¿Me aprobarían, etc.? ¿No escuchan a san Pablo que dice? ¿Díganme, cristianos, cómo es posible que ustedes teman tan poco el pecado? Es que...” Y otras cosas semejantes. Es método que facilita hablar familiar y naturalmente y evita por tanto declamar.

9. No derrumbar el ánimo y el corazón de los oyentes, desanimándolos o desesperándolos. Luego de haber mostrado el horror del pecado o el estado lastimoso del alma en pecado o el terror de los juicios de Dios, o las amenazas terribles que lanza a los pecadores, o los castigos espantosos que les aplica; al igual que los profetas, hay que asegurarles que está en su poder, mediante la gracia de Dios, que no la rehúsa a nadie, evitar todos esos males. Que si quieren convertirse, está presto a perdonar todos sus pecados; que no quiere la muerte del pecador y que por el contrario su gran deseo

es darle la salvación; que todos pueden llegar a ella si cooperan con la gracia, e incluso que es más fácil salvarse que condenarse. En seguida se les presentan los medios de huir del mal y de hacer el bien, fáciles y proporcionados a su condición y a su capacidad. Para terminar exhortarlos vigorosamente a abrazar gustosamente esos recursos, a poner su dicha y su felicidad en servir a Dios, a gustar por experiencia cómo es grato amarlo y cómo son verdaderas las palabras del Espíritu Santo: *Caigan tribulación y angustia sobre todo hombre que obra el mal; en cambio sea gloria y honor y paz a todo el que obra el bien* (Ro 2, 9-10).

10. No imitar los predicadores de moda o lo oradores mundanos. Estos se distinguen por:

-Ejercer el ministerio de la predicación no por vocación de Dios sino por vocación del mundo, de la carne y de la sangre, movidos por consideraciones humanas, por avaricia o vanidad.

-Predicarse a sí mismos y no a Jesucristo crucificado.

-Hacer que la Palabra de Dios esté al servicio de sus pasiones e intereses.

-Hacer de la predicación del Evangelio un oficio para ganar dinero, para acrecentar su fortuna y su posición en el mundo, para hacerse a un beneficio o por cualquier otro fin interesado.

-Buscar la gloria de los hombres y no la de Dios.

-Tener sólo como fin complacer y adular al mundo y sus desórdenes.

- Ser los primeros en servirse del vocabulario nuevo de la corte y de las formas novedosas de hablar.
- Predicar no las verdades cristianas sino sus pensamientos e invenciones, o asuntos curiosos, sutiles o profanos.
- Presentar fácil el camino del paraíso y difícil el del infierno contrariando la Verdad eterna.
- Proclamar de preferencia en los templos cristianos los nombres de Platón, Aristóteles, Séneca, Plutarco, César, Alejandro Magno en vez de los de Nuestro Señor Jesucristo y de sus apóstoles.
- No citar del todo, o casi nunca, pasajes de la Sagrada Escritura o de los santos Padres, imaginando que hacerlo desdice del refinamiento y fluidez de su discurso.
- Crear que hacen maravillas llenando sus sermones de gran variedad de tópicos como postulados de filosofía, matemáticas, medicina, jurisprudencia, palabras de rabinos, palabras griegas, hebreas, siríacas, caldeas²⁹, antigüedades paganas y cosas semejantes, por hacer ostentación de erudición; es lo que san Pablo llamar adulterar, profanar, corromper, deshonorar la santidad de la palabra de Dios, mezclándola con tantas palabras de paganos.
- Esmerarse al extremo para hacer alarde de palabras bellas, períodos redondeados, discursos pomposos, puntadas agradables, florituras de retórica, donaires mundanos. San Jerónimo lo lamenta diciendo que adoban su sermón como quien adorna no a una dama de honor sino a

²⁹ Lengua caldea llama la Vulgata al arameo.

una mujerzuela, rizada, perfumada y lascivamente ataviada: *Como meretriz que se presenta al público*³⁰.

-Dedicarse a aprender un lenguaje remilgado y la elegancia mundana, leyendo y estudiando novelas, libros muy perniciosos, que, bajo apariencia de un lenguaje pulido y bajo la miel de palabras hermosas, esconden veneno muy sutil que causa muerte a muchas almas.

-Predicar de tal manera que los que salen de sus sermones se marchan diciendo del predicador: es un hombre hábil, de memoria feliz, muy entendido y dice maravillas. Pero pregúntenles qué dijo y qué deducen de su sermón. No pueden responder. Y se van con la mente vacía y el corazón frío como si a nada hubieran asistido. En cambio, los verdaderos predicadores hablan de tal manera que quienes los escuchan se van dándose golpes de pecho, con lágrimas en los ojos, el corazón transido de dolor por sus pecados, llenos del temor de Dios, y con el deseo de enmendarse: *Cuando enseñes en la iglesia no suscites aplausos sino gemidos; que las lágrimas de los oyentes sean tu alabanza*³¹, dice san Jerónimo.

Todo aquel que quiere alcanzar la salvación trabajando en la salvación del prójimo y no ser reprobado luego de haber predicado a los demás debe evitar todas estas conductas de los falsos predicadores., como la peste de la predicación evangélica y como la causa de la perdición no solo de varios predicadores sino de gran número de cristianos.

³⁰ Comentario a la carta a los Gálatas, lib. 3.

³¹ Carta 2 a Nepociano

11. Sobre todo, sobre todo, lo dije ya y lo vuelvo a repetir, y habría que decirlo sin tregua a todos los predicadores: nada hay que deban temer tanto y de lo que deben cuidarse con esmero y vigilancia como de la vanidad. Es inmensamente cierto que ella ha precipitado a muchos predicadores en las llamas eternas. ¡Qué lástima! Si san Pablo nos dice que teme ser reprobado después de haber predicado a los otros, ¿Quién no se estremece de temor? ¿Quién no se humillará? ¿Quién no pondrá todo de su parte para cerrar todas las puertas de su alma a esa maldita vanidad? ¿Quién no pondrá en práctica toda clase de medios para fortalecer y conservar la santa humildad en su corazón, rechazando pronto todos los pensamientos y sentimientos de estima y de complacencia? ¿Quién no se refugiará del todo en el fondo de su nada, rechazando como un veneno las alabanzas de los hombres y dando a Dios solo, todo honor y toda gloria? ¿Quién no le suplicará a menudo que lo preserve de la soberbia y le dé la auténtica humildad?

CAPÍTULO XXVII

Consejos a los predicadores

Sean breves en el exordio que precede al *Ave Maria*. Una vez dicha, entren pronto en la materia de la predicación. Que los fieles escuchen bien de qué se va a hablar. Que se proponga en pocas palabras llamativas una división clara y evidente. No perder el tiempo en bailotear (así dicen algunos) la división, dándole vueltas y revueltas de todos lados, con diversidad de términos y en varias formas. Eso no es más que un juego de la maldita vanidad, del todo inútil y ridículo. Solo sirve para hacer alarde de sutileza y agudeza del predicador, quien se convierte así en juguete del demonio y en objeto de la ira de Dios que castigará muy severamente semejantes predicaciones, que solo son ostentaciones de la vanidad propia.

Si van a hablar a un obispo o a un príncipe, háganlo con pocas palabras, cuidando de no incurrir en adulaciones ni en alabanzas vacías. Háblenles en el espíritu y en los términos del Evangelio, que no reparte lisonjas a los grandes de este mundo.

Cuando traten de probar una verdad, digan los argumentos más poderosos al comienzo y al fin, los demás en el medio. No exageren al provocar emociones. Si hacen hablar a Dios, que sea brevemente, no le atribuyan decires indignos de la divina Majestad. Digo lo mismo a propósito de la santa Virgen y de los santos.

Si ustedes representan a Dios como si hablara a los pecadores y a los réprobos, no lo hagan hablar como si fuera un hombre cruel y furioso sino como un juez equitativo y respetable.

Luego de expresar palabras terribles contra el horror del pecado, o sobre el estado horrible de las almas culpables de pecado, o sobre los castigos que Dios tiene preparados para los malos, añadan siempre, como dije antes, alguna palabra para animar a los oyentes, declarando que no dicen estas verdades para descorazonarlos sino para despertar a los que están adormilados en sus crímenes y para ablandar los corazones endurecidos.

Al predicar sobre un santo, no se diviertan haciendo panegíricos que no conmueven los corazones sino que son solo ostentación de sutileza intelectual, alarde de discurso florido y de tópicos agradables, más hechos para halagar los oídos que para conmover los corazones. Simplemente demuestren las principales virtudes del santo y lancen invectivas contra los vicios contrarios para imprimir en los corazones el horror al mal y para invitarlos a la práctica de las virtudes opuestas.

Si tienen que hacer una oración fúnebre, lo que solo debe hacerse sobre obispos y príncipes, cuiden de no convertir la cátedra de la verdad en teatro de mentiras y zalamerías. Aprovechen esa ocasión para predicar sobre la muerte y para ponderar la vanidad de todo lo mundano.

Finalmente, no tengan en todas sus predicaciones otro propósito que iluminar las mentes, conmover los corazones y llevar a los cristianos al temor, al amor y al servicio de Dios. Empleen solo los medios necesarios para alcanzar ese objetivo. Si les han de pedir cuentas de las palabras ociosas proferidas en un lugar o en el hablar profanos, con cuanto mayor rigor se les pedirá cuentas de las que pronuncien en la predicación de la divina palabra para agradar al

mundo, para alimentar la vana curiosidad de los hombres, para satisfacer el amor propio, para dar pábulo a la vanidad, para hacer ostentación de sutilezas de la inteligencia, para alardear de erudición. ¡Oh Dios, lo digo otra vez, cuántos predicadores han ido a parar al infierno por profanar la palabra de Dios!.

Si han recibido ofensas o desprecios, de cualquier manera que sea, cuídense de no emplear el púlpito para expresar resentimientos. Sin embargo, si se echa a correr una calumnia o un chisme contra ustedes que impida el fruto de la predicación, luego de haberlo tolerado cierto tiempo, pueden defenderse modestamente en el púlpito, pero sin nombrar a los chismosos y calumniadores.

CAPÍTULO XXVIII

Manera de enseñar a los oyentes las disposiciones requeridas para escuchar santamente la palabra de Dios,

Para que la predicación de la palabra de Dios sea eficaz y provechosa no es suficiente que el predicador observe los consejos dados. Es necesario que los oyentes pongan de su parte lo que deben hacer para escuchar santamente la predicación y para no poner obstáculo al fruto que Dios quiere obrar en ellos.

Cuando se va a predicar durante cierto tiempo en un lugar es bueno dar cuidadosamente a los oyentes las indicaciones necesarias e indicarles las disposiciones que deben tener para escuchar con fruto la predicación. Pueden reducirse a cinco puntos principales:

1. Con relación a la divina palabra;
2. Con relación a Dios;
3. Con relación al lugar sagrado donde escuchan la predicación;
4. Con relación al predicador;
5. Con relación a sí mismos.

Para explicarles cada punto en particular hay que enseñarles:

1. Que en cuanto a la palabra de Dios, deben tener hacia ella gran respeto. Que no consideren la acción de asistir a la predicación como una obra común e indiferente sino como algo muy importante y necesario pues no se puede mantener por mucho tiempo la fe sin la predicación: *La fe viene del oído y el oído de la palabra de Cristo* (Ro 10, 17). El Espíritu Santo pone en plan de igualdad la carencia de Dios

y la carencia de la predicación: *Pasarán muchos días en Israel sin el Dios verdadero, sin quien enseñe, sin la ley* (2 Cro 15, 3), pues la fe que nos hace creer en Dios se confirma en nosotros por la predicación.

Hay que inculcarles que asistir a la predicación es acción tan grande que san Agustín la compara con la sagrada comunión. En efecto, asegura que quien escucha descuidadamente la palabra de Dios no es menos culpable que quien deja caer a tierra, por negligencia, el precioso cuerpo de Jesucristo: *No es menos culpable el que escucha con negligencia la palabra de Dios que el que permite, por negligencia, que el Cuerpo de Cristo caiga a tierra*³².

Así como no se debe ir a la Eucaristía sin preparación de igual modo no se debe asistir a la predicación sin disposición. Es preciso aportar gran deseo de hacer buen uso de ella. Hay que escucharla con recogimiento y atención, no como se escucha la declamación de un orador que arenga en pro de los asuntos profanos, ni como la lección de un profesor que enseña a los alumnos para comunicarles ciencia, sino como la verdadera palabra que Dios nos predica por la boca del predicador. Es necesario guardarla cuidadosamente en el corazón, a imitación de la santísima Virgen; considerarla atentamente y reflexionar luego de haberla escuchado.

Luego del sermón hay que dedicar tiempo con los amigos y los empleados de la casa para recordar las verdades que se han escuchado y así ayudarse mutuamente en la salvación.

³² Lib. *Homiliarium*, Hom. 26.

2. En lo que se refiere a Dios hay que mostrarles que están obligados a guardar profunda gratitud por la gracia inmensa que les ha hecho de haber enviado a su Hijo al mundo para enseñarles el camino del cielo. El predicador no hace sino prolongar esta gracia.

Que no deben salir del templo, luego de escuchar la predicación, sin darle gracias por la instrucción recibida de su parte. Faltar a este deber es hacerse culpables de gran ingratitud con su divina Majestad.

Si quienes no agradecen a Dios que les haya dado el alimento corporal son dignos de reprensión, mucho más lo son quienes luego de haber sido saturados con el pan celestial de la divina palabra salen de su casa, que es el templo, sin darle gracias. No hacerlo es tener en muy poco el don que se ha recibido y Aquel que lo ha dispensado.

3. En cuanto a los lugares sagrados en los que se escucha la predicación, es necesario tener por ellos singular veneración. No se debe entrar allí sin religioso temor para adorar a Dios devotamente. Se ocupa el puesto con modestia y sin ruido. Sólo se habla por necesidad, poco y en voz baja. El comportamiento debe ser respetuoso digno de la santidad de la casa de Dios, de la presencia de su divina Majestad, rodeada de millares de ángeles que tiemblan ante su faz. Los cristianos se deben allí mutua edificación.

4. En cuanto al predicador obrar con prudencia, respeto y caridad.

Prudencia para escoger al que predique con mayor beneficio, como el enfermo que quiere ser sanado busca un médico no para que le diga bellezas, que lo divierta o que sea condescendiente con sus apetitos y deseos, sino que escoge el que le devuelva la salud.

Respeto debido al que les trae cartas del cielo de parte de Dios; es embajador de Jesucristo y ocupa su puesto, representa su persona, está revestido de su autoridad, habla en su nombre, mejor aún, es el instrumento por el que él mismo habla: *No son ustedes los que hablan sino el Espíritu de su Padre el que habla en ustedes* (Mt 10, 20); *En mí habla Cristo*, dice san Pablo (2 Cor 13, 3); *es Dios quien exhorta a través de nosotros* (2 Cor 5, 20).

Caridad, para no llenarse de indignación contra los predicadores que combaten los vicios; por el contrario escucharlos con mayor gusto que a los aduladores o a los que callan los vicios.

Caridad para no constituirse en censores y jueces de los predicadores, para no tomar en mal sentido sus palabras, ni juzgar mal de sus intenciones.

Caridad incluso para no quejarse de que digan cosas comunes y populares, sabidas de todos. No es posible decir algo que los predecesores no hayan dicho. No hay mejor alimento que el pan, sin embargo es muy común; y medicina repetida cura al enfermo. Una música cantada varias veces regocija a los que la escuchan.

Caridad finalmente para no menospreciar a quienes son de cuna sencilla; los que no son muy eruditos ni elocuentes ni gente distinguida, pues la administración de la palabra de Dios es como la de los Sacramentos. No hay que reparar tanto en el que administra sino en lo que administra. Al recibir una carta del parte del rey la miramos, la respetamos, la leemos, hacemos lo que nos pide, sin detenernos en quien nos la trae, si es blanco o negro, rico o pobre, noble o plebeyo.

En cuanto a sí mismos deben tener pureza de intención y de conciencia, humildad, docilidad y piedad.

Para tener *pureza de intención* se necesitan dos condiciones. La primera es renunciar por entero a toda intención que no sea recta y pura, por ejemplo, venir a la predicación por curiosidad y vanidad; o por ver o para ser visto; o para ganar en conocimientos y no para ser mejor cristiano; o para aprender a hablar bien; o para complacerse en los discursos que acarician el oído; o para pasar el tiempo; o para dar gusto a otros; o por otros fines semejantes. La segunda es manifestar a Nuestro Señor que se quiere escuchar la santa palabra para conocer sus divinas voluntades y seguirlas.

Para *purificar la conciencia* se necesita hacer un acto de contrición antes de la predicación para que, una vez desterrado el pecado del alma, no pongan impedimento a los efectos de la palabra de Dios.

Para practicar la *humildad y la docilidad* deben: a) apartar lo más lejos posible la vanidad y esa soberbia insoportable que anima a muchos cristianos de este tiempo que menosprecian los sermones por estar persuadidos de que buscan solo la instrucción y que ellos saben tanto o más que el predicador. b) reconocer con san Ambrosio y san Agustín³³ que no hay nadie, por docto y santo que sea, que no tenga necesidad de ser instruido durante su paso por la tierra. Dice san Ambrosio: *¿Si María se dejó instruir por los pastores, por qué tú no*

³³ Prefiero aprender que enseñar. Santiago nos amonesta: Sea todo hombre pronto para oír y tardo para hablar. Para aprender, la suavidad de la verdad nos debe invitar, mas para enseñar nos debe obligar la caridad. Epist. Ad Mercatorem.

quieres ser instruido por los sacerdotes? c) no aplicar a los demás las reprensiones y regaños que dice el predicador, sino apropiárselos. Si predica contra un vicio, si reprende por un defecto, hay que reflexionar sobre sí mismo, y si se encuentra culpable, humillarse, pedir a Dios perdón, tomar la resolución de corregirse y pedir la gracia para ponerla en práctica. Si no se es culpable, humillarse también, reconociendo, que si Dios no nos tuviera de su mano, no habría crimen en el mundo que no fuéramos capaces de cometer.

Para tener la *piedad*, es necesario, mientras se esté en el templo en espera de la predicación, orar a Dios o leer un libro piadoso. Una vez que el predicador haya llegado y subido al púlpito; cuando levante al cielo los ojos, elevar también con él los ojos hacia el cielo, y de tanto y tanto elevar la mente y el corazón a Dios para decirle repetidamente que solo a él se quiere contemplar y buscar en esta acción. Suplicarle además que envíe su divino Espíritu al predicador y al auditorio para que imprima en todos las verdades que se van a predicar y que les conceda la gracia de obtener el provecho que se busca en la predicación.

Cuando haga la señal de la cruz, hacerla como él devotamente. Cuando diga el *Ave María*, repetirla con él atenta y fervorosamente. Durante la predicación alejar de sí las preocupaciones y pensamientos del mundo, no voltear la cabeza ni los ojos a toda partes sino fijarlos en el predicador; mantenerse recogidos y atentos a sus palabras; de tiempo en tiempo levantarse a Dios en el corazón mediante diversos actos y sentimientos de piedad, según lo que se predica; a veces

amando y bendiciendo, a veces alabando y agradeciendo, en otros momentos humillándose y llenándose de vergüenza ante él; y pidiéndole perdón; en ocasiones tomando la resolución de huir de un vicio y abrazar una virtud, pidiendo la gracia de poder hacerlo, etc.

Terminada la predicación permanecer por un tiempo en la iglesia o retirarse a otro lugar para: a) agradecer a Dios en nombre de todos los que escucharon el sermón, por el alimento espiritual que recibieron y para rogarle que les conceda la gracia de hacer buena digestión y sacar el fruto que él desea; b) para considerar, meditar y sopesar los temas principales que se escucharon; retener y subrayar algunos para recordarlos y emplearlos a su debido tiempo; c) suplicar a Nuestro Señor que recompense, en este mundo o en el otro, con gracias especiales, el trabajo que el predicador se impuso para instruirlos. Si estamos obligados a agradecer a los profesores que nos enseñan las ciencias humanas y a los padres que nos dan la vida corporal, cuanta mayor gratitud se debe tener a quienes enseñan la ciencia de la salvación y a quienes dan y conservan la vida del alma: *En Cristo Jesús, por el Evangelio, los engendré* (1 Cor 4, 15). Y cuánta culpabilidad tienen quienes, en lugar de agradecer al predicador, de orar por él y de hacer buen uso de las verdades que predicó, se ocupan solo, luego de la predicación, en criticar y repasar los defectos observados en su discurso, su voz, sus gestos, pagándole con menosprecio y murmuración el trabajo que se impuso por ellos.

Estas son las disposiciones requeridas para escuchar santamente la palabra de Dios que los predicadores deber enseñar

cuidadosamente a sus oyentes cuando predicán largo tiempo en un lugar pero que deben explicar en breve compendio cuando están solo de paso.

Añado, a modo de conclusión, algo muy importante, esto es, que los predicadores no deben predicar solo con su ejemplo y su palabra, sino también con su oración. Deben rogar a Dios, instante y fervorosamente, en el santo sacrificio de la Misa y en sus oraciones particulares, sea antes sea después de la predicación, que él dé fruto a su santa palabra: *Que dé a su voz, la voz de su poder* (Sal 68, 34); que destruya en ellos y en sus oyentes cuanto pueda poner obstáculo a sus designios; que abra sus mentes y sus corazones a la luz y a la gracia divinas; y que los llene de las disposiciones necesarias para recoger de la predicación el fruto que les sea más conveniente.

CAPÍTULO XXIX

El catecismo

Siendo el catecismo útil y necesario no solo para los niños sino también para otras personas que no conocen a Dios, ni a Jesucristo su Hijo, ni la Iglesia, ni los misterios de la fe y lo demás que un cristiano debe saber, todos los eclesiásticos que pueden dedicarse a este santo ejercicio deben consagrarse a él con gran afecto, y en particular los pastores que están obligados hacerlo en sus iglesias, por sí mismos o por otros, al menos entre el Adviento y la Pascua.

Quienes lo hacen deben precaverse de un abuso y de un desorden muy pernicioso en los que a menudo se incurre: obrar por vanidad y por intolerable soberbia.

Se cae en ello cuando alguien, por vergüenza de enseñar una doctrina, que por su ceguera le parece demasiado simple y común, quiere, para satisfacer su ambición y parecer docto, decir cosas elevadas y enseña a niños y a gente sencilla lo que se debate en las aulas de teología. Así, en lugar del catecismo, que debería enseñarse con toda sencillez, se hacen discursos y declamaciones que no producen ningún fruto, pues Dios, que aborrece el orgullo y la vanidad, no les da su bendición.

Por consiguiente, quienes desean desempeñar dignamente esta tarea enseñen solo las materias comunes y cuyo conocimiento es necesario para la salvación, como las que se tratan en el *Catecismo de la Misión*; y empleen el tiempo no en hacer discursos y

predicaciones sino en interrogar a los niños, hacer que respondan e instruirlos debidamente.

Esto no significa que esta acción tan importante no sea preparada cuidadosamente. No debe hacerse con negligencia pues se incurriría en falta ante Dios.

Sin embargo no se le debe imprimir la seriedad y la dignidad que pide la predicación. Quien imparte esta enseñanza, en cierto modo, debe hacerse niño con los niños, tratarlos con amabilidad y cordialidad, mostrarles un rostro acogedor, afable y lleno de gozosa modestia.

Debe cuidarse de risas con ellos y no provocarlas ni permitirles semejante irreverencia en el templo, cualquiera que sea el tema que se trata. Tampoco deje que se burlen de las respuestas de los compañeros y ni que falten al respeto y la modestia debidos a la casa de Dios, pues allí se está en su presencia.

Si algunos ríen, charlan o bromean, hacen ruido o se burlan de los otros o si cometen alguna otra irreverencia, primero llámeles la atención en general, luego en particular, con bondad la primera y la segunda vez; sea un poco más severo la tercera vez. Pero si continúan hágalos poner de rodillas y prívelos de la recompensa que se les hubiera dado si hubieran actuado con compostura. Si todos estos recursos no surten efecto y se muestran incorregibles recurra a los padres para que los castiguen. Si ni aun así se corrigen, sáquelos de la iglesia.

Además es preciso estar atentos ante toda falta de urbanidad, indecencia o inmodestia en las que se incurre en ocasiones sin pensarlo, como llevarse la mano a la nariz sin necesidad, o a la barba, o jugar con las manos o el cinturón, o con las mangas de la sobrepelliz, o con el pañuelo o con la regla que se tiene en la mano, o cualquier otro ademán o movimiento del cuerpo contrarios a la decencia y la modestia.

Cuidar que los niños tengan espacio suficiente, de modo que quepan todos en el lugar donde se hace la catequesis, separados del pueblo; que los niños estén de un lado y las niñas del otro.

Tener en la mano una vara larga para señalar a aquellos a quienes se les pide hablar. Para que se les escuche bien y sean vistos, se les haga subir a la banca.

Para comenzar se dice en voz alta y pausada, de rodillas, el *Veni, Creator Spiritus*, con el versículo y la oración. Luego se pide la bendición a Nuestro Señor y a su santa Madre para sí y para los niños, con las siguientes palabras que todos dirán en voz alta: *“Jesús amado, María, Madre de Jesús, denme, por favor, su santa bendición”*. Que se levanten en seguida, y se sienten, si es posible hacerlo.

Para iniciar el primer catecismo se hace una breve charla familiar, de unos quince minutos, para insistir en su necesidad, excelencia y utilidad, y para exhortar a los padres y las madres, a los señores y señoras, que envíen sus hijos, sus criados y criadas, y que también asistan ellos mismos.

CAPÍTULO XXX

Desarrollo del catecismo

Puesto que hay cantidad de cristianos que no saben hacer el signo de la cruz, o lo hacen mal, en el comienzo del catecismo es preciso hacerlo siempre repetidas veces y ejercitar en él también a los oyentes para que todo aprendan a hacerlo correctamente. Y cada vez que se interroga a un niño se le debe pedir que antes de responder se santigüe debidamente.

Luego de esta acción, es necesario que dos o cuatro niños repitan, en forma de preguntas y respuestas, las cosas cuyo conocimiento es absolutamente necesario para la salvación; en seguida se repiten de forma semejante las cuestiones que se enseñaron en la clase precedente. Luego se propone así un tema nuevo: “Hoy veremos en el catecismo tal o cual misterio, tal o cual sacramento” etc.

Después se pide a dos niños que se pongan en pie y luego a dos niñas y se les va interrogando uno tras otro alternativamente; luego se les pide que se interroguen mutuamente, si están en capacidad de hacerlo. Se les pide que hablen en voz alta y que pronuncien bien lo que dicen pero no se les permita hablar varios al tiempo; que hablen y respondan s cuando se les invite a hacerlo o cuando son interrogados.

No hacerles, ni permitir que se hagan entre sí, más de tres o cuatro preguntas a la vez, para que no recarguen demasiado la

memoria. Una vez que sepan perfectamente las tres o cuatro preguntas, se les hacen otras.

Una vez que uno o dos niños han sido interrogados, se les pide que permanezcan en pie hasta que varios otros hayan respondido a la misma pregunta, y que todos sepan más o menos la pregunta y la respuesta.

Luego de haber interrogado y haber hecho hablar a los niños sobre un punto de la doctrina cristiana, dirigirse al público para repetirle la enseñanza y para que la grave en su corazón: “Escuchen, cristianos, ahí tienen lo que deben creer respecto a este punto” etc.

Luego sacar alguna instrucción moral, pero brevemente, dejando para el último cuarto de hora los principios morales.

Al explicar el misterio de la Encarnación y el modo como aconteció, cuidarse de no usar términos que puedan dejar en las mentes algún pensamiento menos honesto, no digno de la santidad de este misterio; no aportar ejemplos de concepciones ordinarias, sino contentarse con decir que se hizo de manera divina y extraordinaria; que el pequeño cuerpo de Nuestro Señor fue formado con la purísima sangre de la santa Virgen; que su alma fue creada de la nada como la nuestra por la santísima Trinidad; y que el cuerpo y el alma, estando siempre juntos, fueron unidos a la persona del Hijo de Dios.

Hacer algunos catecismos sobre la excelencia de la acción de ayudar a Misa, para que tanto los niños como el pueblo, conozcan la importancia y la santidad de este ejercicio. Enseñarles la manera de

hacerlo correctamente tanto exterior como interiormente, como está explicado en el librito que se escribió con este fin; empeñarse en enseñarlo a los niños que sean capaces de hacerlo.

Terminar siempre cada catecismo con una historia sólida, ajustada en lo posible al tema que se ha tratado y tomada de un autor digno de fe que se puede citar. Pero hay que prepararla de antemano para contarla bien y alcanzar el fruto y la enseñanza que se busca.

No hay que contentarse con que los alumnos lleguen a ser buenos conocedores de la ciencia del catecismo. El objetivo es que sean buenos y auténticos cristianos. Para ello, esmerarse mucho por imprimir en sus corazones el temor de Dios y el deseo de cumplir sus divinos mandamientos y los de su Iglesia. Infundirles profundamente la aversión al pecado, el respeto y el amor a Nuestro Señor Jesucristo, devoción especial a la santa Virgen, a san José, a su ángel de la guarda, al santo o santa cuyo nombre llevan, al santo patrono de su parroquia. Inculcarles que se acerquen con frecuencia a la confesión, que oren de rodillas por la mañana y por la noche; pedirles obediencia a sus padres, caridad mutua y sobre todo gran reverencia, modestia y piedad en el templo; que comprendan bien que es la casa de Dios y casa de oración; que solo vengán a él para orar al Señor, que no hay que charlar, jugar, reír, bromear, ni estar de espaldas al altar, como también no armar ruido en el cementerio porque es lugar sagrado³⁴.

Fijarse en el catecismo en los muchachos y muchachas que haya que preparar para la primera comunión para escoger a los que

³⁴ Alude a la costumbre antigua en Francia de hacer el cementerio en derredor de la iglesia.

sean aptos, que posean no solo los conocimientos requeridos sino también la edad y estatura corporal exigidas, la modestia exterior, la rectitud de vida, y suficiente discernimiento para comprender la excelencia de este pan divino. Poner en seguida sumo cuidado de enseñarles todo lo que se refiere al sacramento de la penitencia y las disposiciones exteriores que deben preceder, acompañar y seguir la sagrada comunión.

Al hacer el catecismo, cuidarse bien de no desanimar nunca a los niños. Por el contrario estimularlos y animarlos siempre, alabándolos cuando responden correctamente y no avergonzar nunca a los que responden deficientemente. Saber excusarlos y ayudarles cuando vacilan o cuando tienen dificultad para hablar.

Cuando se da el catecismo diariamente, como se hace durante las misiones, premiar a quienes lo hayan merecido, a lo máximo una o dos veces por semana, al finalizar la clase. Cuando solo se da catecismo los domingos y fiestas, dar los premios cada vez.

Terminado el catecismo hacer cantar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, o el *Pater*, el *Ave* y el *Credo*, turnándolos en francés, o algún canto espiritual. Es útil para reemplazar las canciones mundanas y para elevar los corazones a Dios.

No sobrepasar una hora en todo el catecismo; pero no tener en cuenta el tiempo que se emplea en los cantos propuestos.

Luego de cada catecismo es aconsejable entretener un tiempo a los niños fuera de la iglesia, para prepararlos para el catecismo

siguiente. No se debe hablar a las muchachas en lugar apartado o retirado, sino públicamente y a la vista de todos.

Además del catecismo en el que se enseña lo contenido en el *Catecismo de la Misión* es bueno hacer otro para los niños más pequeños. Se les enseñará a santiguarse correctamente, a decir el *Pater*, el *Ave*, y otras cosas de que sean capaces.

Siendo muy útiles y necesarias a todos los cristianos las oraciones de la mañana y de la noche que se hacen en las misiones, los que tienen cura de almas harían algo muy del agrado de Dios si las hacen en sus iglesias, al menos en Adviento y Cuaresma, los domingos y las fiestas, en las horas que juzguen más convenientes y cómodas para los criados y otros pobres, pues se hacen principalmente para ellos. Se da este encargo a alguien que lo pueda cumplir debidamente, esto es, que lo haga devota y fervorosamente, pronunciando distintamente y enfatizando lo que proclama. Todo lo que se hace, sea de la naturaleza que sea, especialmente cuando es en público, o se hace bien de manera que se obtenga fruto y edificación, o es mejor no hacerlo.

CAPÍTULO XXXI

Normas para los niños que asisten al catecismo

Todos los niños que asisten al catecismo deben frecuentarlo asiduamente y hacer todo lo posible por no faltar y por llegar a la hora fijada.

Que entren al templo modestamente recordando que entran a la casa de Dios. Él está presente allí, acompañado de millón de ángeles que se estremecen ante su presencia.

Al entrar, luego de haberse santiguado con el agua bendita, se pondrán de rodillas para adorar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. En seguida, sin hacer ruido, ocupen su puesto. Permanezcan allí, sentados y en silencio, en espera de que empiece el catecismo.

Que no respondan antes de ser interrogados. Para responder se pongan en pie, y hagan la señal de la cruz antes de dar la respuesta. Luego hablen en voz alta.

Que se mantengan muy atentos, sin charlar con sus compañeros; que no se burlen de los que no responden bien.

Luego del catecismo regresen modestamente a sus casas, sin quedarse jugando en el cementerio, ni antes ni después, pues es lugar sagrado. Si es posible, repitan en presencia de sus padres y madres lo que aprendieron.

Procuren traer al catecismo a sus compañeros a fin de cooperar por este medio a la salvación de sus almas. Que se amen tiernamente unos a otros, como hermanos y hermanas, sin pelearse ni ofenderse.

Sean obedientes a sus padres. No omitan nunca orar a Dios, de rodillas, en sus casas, por la mañana y por la noche. Tengan especial devoción a la santísima Virgen; por amor a ella, tengan todos un rosario y que, en cuanto posible, lo recen a diario devotamente, para rogarle que les obtenga de su Hijo la gracia de perder la vida antes que cometer nunca ningún pecado mortal, y vivir y morir cristianamente.

Los catequistas leerán de tanto en tanto estas normas a los niños y desde el primer catecismo los exhortarán a cumplirlas por amor de Nuestro Señor. Las fijarán en las puertas de las iglesias, en una hoja impresa y muy bien escrita.

Í N D I C E

Presentación	2
Prefacio	4
Capítulo I Cómo debe ser el predicador	9
Capítulo II Excelencia e importancia del oficio de la predicación en sí mismo, en su origen y finalidad	13
Capítulo III Doce medios para alcanzar la finalidad del oficio de predicador	19
Capítulo IV Disposiciones interiores que preceden, acompañan Y siguen a la predicación	21
Capítulo V Ejemplo y edificación de los predicadores	28
Capítulo VI Libros útiles para la predicación	33
Capítulo VII Qué predicar	36
Capítulo VIII Observaciones sobre la predicación	46
Capítulo IX Predicación de los misterios	52
Capítulo X Tres manera de predicar sobre los evangelios, las cartas u otros libros de la Biblia	55
Capítulo XI Predicación sobre el sacrificio de la Misa	56
Capítulo XII Predicación sobre los mandamientos de Dios y de la Iglesia	57
Capítulo XIII Predicación sobre la santísima Virgen	58
Capítulo XIV Predicación sobre los santos	59
Capítulo XV Controversias	62
Capítulo XVI Predicación sobre los principios y máximas de la vida cristiana y de las verdades evangélicas	66
Capítulo XVII Predicación de las virtudes	69
Capítulo XVIII Predicación sobre el pecado y sobre cada vicio en particular	70
Capítulo XIX Predicación sobre las postrimerías y sobre todo de la muerte	75
Capítulo XX Predicación sobre el purgatorio	77
Capítulo XXI Consejos para componer y ordenar la predicación	78
Capítulo XXII Lenguaje y manera de hablar	82

Capítulo XXIII	La voz y la pronunciación	85
Capítulo XXIV	Lenguaje corporal	89
Capítulo XXV	Medios para conmover y tocar los corazones	92
Capítulo XXVI	Defectos en el ministerio de la predicación.	
	Los predicadores de moda	96
Capítulo XXVII	Consejos a los predicadores	103
Capítulo XXVIII	Manera de enseñar a los oyentes las disposiciones requeridas para escuchar santamente la palabra de Dios	106
Capítulo XXIX	El catecismo	114
Capítulo XXX	Desarrollo del catecismo	117
Capítulo XXXI	Normas para los niños que asisten al catecismo	122